

FORMAS DE EXPRESIÓN DE LA SUBJETIVIDAD EN LOS CRONISTAS RELIGIOSOS DE INDIAS

JOSÉ LUIS VILLAR PIÑEIRO
Universidade da Coruña

CITA RECOMENDADA: José Luis Villar Piñeiro, «Formas de expresión de la subjetividad en los cronistas religiosos de Indias», *Nuevas de Indias. Anuario del CEAC*, V (2020), pp. 140-195.

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/nueind.69>

Fecha de recepción: 6 de octubre de 2020 / Fecha de aceptación: 9 de noviembre de 2020

RESUMEN

Las crónicas de Indias son en su origen documentos expositivos que, encargados por las autoridades civiles o religiosas, transmiten información sensible y estratégica. Pero, en la pluma de frailes y soldados que vivieron personalmente lo contado, se convierten en textos parciales y subjetivos con otros objetivos más allá de los informativos.

En este trabajo analizamos los tonos discursivos y los procedimientos lingüísticos de cronistas religiosos de los siglos XVI y XVII, resultado de su afán de convencer, de su impulso crítico y de su proximidad sentimental al mundo descrito, que da como resultado una explicación del mundo cercana, familiar y personal.

PALABRAS CLAVE

Crónicas de Indias, cultura hispanoamericana colonial, análisis literario.

ABSTRACT

The Chronicles of the Indies are originally expository documents commissioned by civil or religious authorities and which pass on valuable strategic information. Yet, from the pen of the monks and soldiers who personally experienced those events, they become biased subjective texts with a purpose other than mere information.

The present work analyses the discursive elements and the linguistic procedures used by the religious chroniclers in the XVI and XVII centuries, a result of their wish to convince, their critical impulse and their sentimental attachment to the world described in their accounts, which results in a close, familiar and personal explanation of such world.

KEYWORDS

Chronicles of the Indies, colonial Hispanic-American culture, literary analysis.

1. PROPÓSITO Y ORIGEN DE ESTE TRABAJO. NÓMINA DE AUTORES UTILIZADOS

En este trabajo me propongo analizar la dimensión personal y subjetiva de un tipo de texto que sospecharíamos más *oficial*, distanciado y neutro, como es el que habitualmente conocemos con el marbete aceptado de *crónicas de Indias*. Entre todo el enorme caudal de obras pertenecientes a este subgénero a medias entre lo histórico y lo literario, quiero referirme a las crónicas escritas por religiosos por una razón que sigue vigente: el hecho de estar menos estudiada, salvo en el caso de las grandes figuras del siglo XVI, según en su momento ya indicaba Carmen de Mora:

Pocas veces recordamos las crónicas de las órdenes religiosas de los siglos XVI y XVII que tuvieron que ver con la conquista espiritual, género más atendido sobre todo por historiadores, al menos en España. Y, sin embargo, sería conveniente que se les prestara más atención desde la literatura porque pueden ayudar a entender mejor el proceso que dio origen a las primeras formas narrativas verdaderamente ficticias del Nuevo Mundo.¹

¹ Carmen de Mora, «Crónicas religiosas y conciencia criolla: el agustino fray Juan de Grijalva», en *Los límites del océano. Estudios filológicos de crónica y épica en el Nuevo Mundo*, ed. Guillermo Serés y Mercedes Serna, Centro de Estudios de la América Colonial-Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, p. 176.

También he tenido en cuenta el peculiar acercamiento de los frailes al mundo descrito (una peculiar síntesis entre el afán investigador en torno al mundo indígena y el paternalismo evangélico que hace aflorar una sensibilidad exaltada, mezcla de amor, ternura y enfado). Esto último los diferencia, en términos generales, de los cronistas soldados o civiles humanistas, según ha referido la crítica: «El soldado-autor se enfoca en los hechos y el mundo indígena es un contrapunto a su experiencia; el religioso se inserta en la comunidad autóctona y desde una comprensión más cercana trata de explicar ese mundo».² Esta inserción o implicación es la responsable de que luego las crónicas que escriben estén llenas de expresiones y percepciones marcadas por el apasionamiento. Otros rasgos distintivos son un mayor afán persuasivo-doctrinal, que nace de su condición religiosa y también el hecho de que ellos, lejos del aislamiento monástico, están en el centro de los problemas y polémicas de su tiempo y, pese a las apariencias, deben defender y afrontar situaciones de carácter político, a diferencia de cronistas civiles que no pisaron América. Todo ello hace que abarquen más campo y sirvan un producto más complejo.

La pretensión, por tanto, es poner de relieve la dimensión subjetivo-expresiva de estos documentos que nacen como informes y para ello he utilizado, aunque no en la misma medida, las crónicas de un número suficientemente significativo de autores, cuyas referencias completas se consignan en la bibliografía. Se trata de los franciscanos Toribio de Benavente (Motolinía), Diego de Landa, Bernardino de Sahagún, Jerónimo de Mendieta, Pedro Simón y Bernardo de Lizana; los dominicos Gaspar de Carvajal, Diego Durán, Agustín Dávila Padilla y Reginaldo de Lizárraga; los agustinos Juan de Grijalva y Antonio de la Calancha, y los jesuitas Juan de Tovar, José de Acosta, Antonio Ruiz de Montoya, Rodrigo Barnuevo y Alonso de Ovalle.

Los números de página que acompañan a cada ejemplo remiten a la edición utilizada de cada crónica, que se indica al final del trabajo.³ Los

² Eva Bravo y Teresa Lorenzo-Cáceres, *El léxico cotidiano en América a través de las Relaciones Geográficas de Indias*, Peter Lang, Berna, 2013.

³ Los ejemplos provienen de calas parciales cuando las obras son muy extensas, pero he procurado que el conjunto sea significativo y extrapolable al total.

textos reproducidos se modernizan según los criterios habituales (puntuación, tildes y ortografía) y se respeta todo aquello que pueda ser de interés en cuanto al léxico y estilo de los autores.

LA CRÓNICA: ARCHIVO DE DATOS Y RELATO SUBJETIVO

Las crónicas de Indias son documentos de archivo; de hecho, González Echevarría propone que tanto la novela como la crónica tienen su origen en el archivo (en la documentación memorialística y judicial).⁴ A partir de ahí tanto una como la otra se expanden a otros horizontes. Pero también son textos muy personales o que defienden intereses de grupo, rebosantes de opiniones y hasta sentimientos formulados mediante una amplia gama de formas de expresión coloquial, que, en principio, parecen inadecuadas para la transmisión, por ejemplo, de contenidos científicos, históricos o geográficos, precisamente aquello que se supone deben exponer.⁵ En estas páginas me propongo explorar no la dimensión estética de la crónica, sino la familiar o coloquial.

⁴ Roberto González Echevarría, *Mito y archivo. Una teoría de la novela latinoamericana*, FCE, México, 2000. Para una catalogación de estos textos y una explicación del concepto de *relación geográfica de Indias*, véase también Walter Mignolo, «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista», en *Historia de la literatura hispanoamericana I. Época colonial*, ed. Íñigo Madrigal, Cátedra, Madrid, 1982, pp. 57-110

⁵ A lo largo del siglo XVI proliferaron las instrucciones emanadas de las autoridades civiles acerca de cómo tenían que hacerse las informaciones o relaciones geográficas de Indias, que debían aportar un material precioso a la corona: cite-mos la dictada por el virrey Mendoza y que encabeza la *Relación* de fray Marcos de Niza (1538), la de la Audiencia de Santa Fe (1572), que, aunque no dirigida a él, coloca fray Pedro Simón al comienzo de sus *Noticias históricas* y la Instrucción de 1577, que contiene nada menos que cincuenta apartados (José Luis de Rojas, *A cada uno lo suyo. El tributo indígena en la Nueva España en el siglo XVI*, El Colegio de Michoacán, Zamora-México, 1993, pp. 117-124). En ninguna de ellas se piden valoraciones u opiniones, sino solo información. Y, aunque es cierto que las crónicas de Indias no son exactamente estas relaciones o informes, también es verdad que siguen habitualmente ese modelo. He aquí un fragmento del segundo texto citado:

Pese a que, con frecuencia, tenemos que hablar de obras de encargo o producto de una orden directa o indirecta de la autoridad civil o religiosa, nos encontramos en ellas, junto a elementos temáticos y formales esperables en tales obras, otros de factura más personal o grupal donde se da rienda suelta a la sátira o a la hagiografía, al desprecio o a la conmisericordia, a la adulación o a la crítica, sin descartar –sino todo lo contrario– el uso de la crónica como vehículo reivindicativo o propagandístico (ya sea como alegato, debate o argumentación entre órdenes religiosas o en la transmisión de la idea providencialista de la superioridad del cristianismo y su alianza necesaria con la monarquía). En cuanto narración de hechos y exposición de temas, poseen una instancia elocutiva que cuenta o explica, pero si se tratase solo de la transmisión aséptica de contenidos para información de las autoridades, esa figura mediadora no se notaría. Sin embargo, lejos de eso, en el tipo textual que nos ocupa encontramos continuamente una voz discursiva, responsable tanto de largas alocuciones como de las más humildes marcas lingüísticas: adjetivos valorativos o sufijos apreciativos, entre otros.

Los contextos en que la crónica deviene más subjetiva son los relacionados con las explicaciones en torno a las realizaciones artísticas o religiosas de las comunidades indígenas, con las valoraciones y sentimientos sobre aspectos de la conquista, la colonización y la evangelización (la explotación de los nativos, las propuestas de mejora de los resultados eco-

«EL REY, presidente y oidores de la nuestra Audiencia Real, que reside en la ciudad de Santa Fe, del Nuevo Reino de Granada: Sabed que deseando que la memoria de los hechos y cosas acaecidas en estas partes se conserve, y que en el nuestro Consejo de las Indias haya la noticia que debe haber de ellas y de las otras cosas de esas partes que son dignas de saberse, hemos proveído persona a cuyo cargo sea recopilarlas y hacer historia de ellas. Por lo cual os encargamos que con diligencia os hagáis luego informar de cualesquier personas, así legas como religiosas, que en el distrito de esa Audiencia hubiere escrito o recopilado, o tuviere en su poder alguna historia, comentarios o relaciones de alguno de los descubrimientos, conquistas, entradas, guerras o facciones de paz o de guerra que en esas provincias o en parte de ellas hubiere habido desde su descubrimiento hasta los tiempos presentes. Y asimismo de la religión, gobierno, ritos y costumbres que los indios han tenido y tienen, y de la descripción de la tierra, naturaleza y calidades de las cosas de ella» (Simón, 1).

nómicos y sociales de la colonización, las actitudes que frenan los procesos evangelizadores), con la presencia de la naturaleza como una fuerza a la vez hostil y fascinante, con la elaboración de biografías de personajes históricos, tanto civiles como religiosos, o con la petición directa al poder de más medios y la consiguiente disputa entre las órdenes religiosas por ello.

En este trabajo pasaremos revista a las distintas formas de articulación de esa subjetividad: los tonos en la elocución/narración y las formas lingüísticas que nos revelarán una importante presencia del registro coloquial, compatible con las formas retóricas del tratado científico y teológico y de la alta literatura. No hay duda de que las crónicas nos ofrecen un enorme caudal de información, que abarca todos los campos del conocimiento de los siglos XVI y XVII. Se convierten así en auténticas enciclopedias que transmiten saberes que van de la astronomía al arte y la poesía, pasando por todas las ramas de las ciencias naturales y sociales. Es lo que se espera de ellas, no tanto por un afán abstracto de conocimiento, como por un interés práctico de dominación política y religiosa y de explotación económica. Pero nosotros queremos salirnos de ese camino obvio para acercarnos a otras posibilidades que nos aporta este género y donde reina la subjetividad. Pongamos algunos ejemplos para empezar.

En la mayor parte de los prólogos y paratextos los religiosos afirman que sus obras transmiten información veraz y contrastada con testimonios autorizados o comprobada por ellos mismos como testigos de vista. Pero, si lo que quieren es informar al lector o a la autoridad, ello tiene que ser así y no hace falta explicitarlo. Mucho menos cabe admitir que en esa verdad interfieran deseos u objetivos espurios por parte del emisor o receptor. Aun así, Lizárraga, en su *Descripción colonial*, ve necesario aclarar que al tratar sobre los virreyes que ha conocido procederá «con toda verdad, sin género de *adulación* ni *malevolencia*» (II, 38), lo cual equivale a reconocer que esas actitudes poco objetivas que hemos resaltado son teóricamente posibles, y, como veremos, se trasladan al texto cronístico en forma de apología y denigración, respectivamente.

Así como los soldados y conquistadores se repartían botín y territorios, las órdenes religiosas, a su manera, peleaban por lo mismo y cada una de ellas intentaba demostrarle a la autoridad política que era mejor que las demás, como en este ejemplo de la *Relación apologética* de Rodrigo

Barnuevo (de título suficientemente elocuente), según el cual los jesuitas fueron los primeros en navegar por el Amazonas y evangelizar sus riberas y los franciscanos, a quienes no nombra, estaban engañando al rey:

Constará por este informe todo el derecho y primacía tan antigua que la Compañía de Jesús tiene adquirida a fuerza de sudor y sangre de sus hijos; el desagravio de las calumnias que le imputan, de que sin empacho se quiere alzar con las glorias ajenas, por otros merecidas, ocultando injustamente las proezas que otros han obrado y conseguido; engañando a V.M. y sus Reales Consejos con falsos informes, contra lo que es en todos estos reinos tan notorio, a que llaman «infidelidad indigna de vasallo y delito indigno de religiosos y pecado indigno de católicos». Como si la Compañía de Jesús y sus hijos no fuesen el brazo más católico que se ha opuesto siempre a todas las herejías, y el brazo más incansable en administrar a todos los gentiles el sagrado bautismo, enseñándoles la verdad de la evangélica doctrina, como se puede hacer notorio con auténticos testimonios a todo el mundo (294).

Afirmaciones sin ninguna prueba (pese a las menciones de informes y testimonios) y falta de rigor, rayando en la simplicidad infantil que se observa en la última parte de la cita, son frecuentes en la crónica de Indias. Están al servicio de la autopropaganda necesaria en la lucha de los grupos religiosos por conseguir más espacio y más recursos, como vemos también en la *Corónica moralizada*, de Calancha, donde el agustino presume de la privanza que su orden tiene con el papa y con el rey y de pertenecer al primer grupo en pasar a las Indias con cédulas y documentos (I, 72 y 84).

Está claro que la mera exposición objetiva de datos se revela, en muchos casos, insuficiente, pues puede ser necesario elogiar a algún rey o conquistador (a Carlos V en este caso, pero es Cortés, de largo, el más aclamado), más allá del mero recuento de hechos. Por ello, Mendieta, en su *Historia eclesiástica indiana*, lamenta no tener las dotes de un gran escritor para conseguir un lucido panegírico, donde la norma es exagerar:

Aquí quisiera yo tener gracia y condición de encarecer las cosas conforme al encarecimiento que merecen para exagerar y ponderar la entera y llana voluntad y puntualidad con que este discretísimo príncipe acudía al remedio y necesidad de los desamparados y miserables (477).

Y al contrario: la sátira (por ejemplo, degradando la religión indígena al nivel demoníaco), y la denigración-execración formulada con las palabras más hirientes, que resaltamos en cursiva, aflora con frecuencia a la pluma de estos santos varones para criticar, en este caso, las fiestas indígenas, en testimonio extraído de la *Historia de los indios de la Nueva España*, de Motolinía:

Era esta tierra un traslado del infierno: ver los moradores de ella de noche dar voces, unos llamando al demonio, otros borrachos, otros cantando y bailando; tañían atabales, bocinas, cornetas y caracoles grandes, en especial en las fiestas de sus demonios. Las beoderas que hacían muy ordinarias, es increíble el vino que en ellas gastaban, y lo que cada uno en el cuerpo metía (125).

Incluso en contextos meramente descriptivos o expositivos, donde la tentación de comentar o polemizar parecería incongruente, aflora esa irrefrenable tendencia a la subjetividad. Así, Acosta, en su *Historia natural y moral de las Indias*, nos habla del cacao y dice:

El cacao es una fruta menor que almendras y más gruesa ... Esta es tan preciada entre los indios y aun entre los españoles, que es uno de los ricos y gruesos tratos de la Nueva España, porque como es fruta seca, guárdase sin dañarse largo tiempo (256).

Hasta aquí, nada de particular, pero a continuación leemos esta descripción, donde hemos resaltado algunas expresiones coloquiales que muestran más sensaciones que datos:

El principal beneficio de este cacao es un brebaje que hacen que llaman chocolate, que es cosa loca lo que en aquella tierra le precian, y algunos que no están hechos a él les hace asco, porque tiene una espuma arriba y un borbollón como de heces, que cierto es menester mucho crédito para pasar por ello. Y en fin, es la bebida apreciada y con que convidan a los señores que vienen o pasan por su tierra los indios y los españoles, y más las españolas hechas a la tierra se mueren por el negro chocolate (257).

En fin, las crónicas están llenas de largas exposiciones etnográficas sobre las costumbres indígenas. Es evidente que nos aportan mucha información, pero a veces sospechamos que esta se selecciona y se trata no para que el lector se informe, sino para instalar en él un prejuicio (habitualmente negativo, aunque no se excluye lo contrario, como se verá) y obtener un rechazo hacia aquello de lo que se habla. Es fácil ver esto en un cronista poco amigo del mundo indígena, Lizárraga, done el dato objetivo de la costumbre de embriagarse se presenta bajo un tono o forma de sátira:

Si han de comenzar viaje, aunque sea de pocas leguas, primero se han de emborrachar; si vuelven, lo primero es emborracharse; dicen que se emborrachan porque si se muriesen en el camino, o donde van, ya se morirán habiéndose emborrachado, y cuando vuelven se emborrachan porque no se murieron (I, 293).

Cabe, pues, atribuir a los cronistas –en este caso religiosos– la capacidad o la intención de haber formalizado el caudal informativo que se les pide a través de los cuestionarios que hemos visto (o que ellos mismos ofrecen utilizando como modelo estas pautas en obras escritas por propia iniciativa) con la subjetividad y emoción de quien lo vive en primera persona y acaba convirtiendo lo que podría haber sido una simple exposición en un relato con personajes y argumento, un alegato, una crítica, un elogio, y con frecuencia todo ello a la vez.

2. UNA VARIADA GAMA DE TONOS⁶ Y PERSPECTIVAS DE LA VOZ LOCUTORA

Es evidente que una de las diferencias entre el simple informe (como lo son, en gran medida, las llamadas *relaciones geográficas de Indias*) y la verdadera crónica de Indias es que en esta existe –como todavía sucede en la moderna crónica periodística– una instancia intermedia entre el texto y

⁶ Utilizo esta palabra ahora no en relación con el estilo (sublime, humilde, etc.), sino en el sentido de «actitud» desde la que se cuenta algo: grave, jocoso, patético, benevolente, irónico, etc.

el lector, según ya se ha indicado –un «autor implícito», según acuñación de Wayne C. Booth, que recoge las opiniones del narrador, esto es, todo el texto discursivo o digresivo, y no la parte meramente narrativa, y que puede manifestarse a través de una primera persona autorial, a menudo primera de plural, responsable de organizar el discurso y distinta de una primera persona que narra directamente hechos–.⁷ Esa voz, que está ausente en el mero informe, aquí cobra mucho protagonismo, porque, aunque pueda desaparecer a lo largo de páginas enteras o capítulos, vuelve siempre y se sustancia o formaliza de diversas maneras. En la crónica religiosa y en la llevada a cabo por conquistadores el hecho es todavía más obvio y complejo, puesto que se trata de textos escritos de primera mano por autores que son protagonistas o, al menos, testigos, de todo o buena parte de lo que cuentan. De modo que aquí hablamos de narraciones en primera persona, que nos cuentan hechos tal como fueron vividos por sus autores y donde afloran continuamente sensaciones, sentimientos y puntos de vista nacidos de la experiencia y la sensibilidad del sujeto hablante. Pero, además, si hablamos en particular de los religiosos, debemos tener en cuenta que se trata de hombres dotados de una extensa cultura, pese a las protestas de modestia que suelen exhibir, y de personas de fe, que quieren defender y expandir y que en ocasiones no saben diferenciar del debate ideológico y de la aplicación de ciertas medidas políticas de orden práctico en torno a lo que debe hacerse en la colonia, y no solo en el ámbito de la evangelización. Todo ello nos lleva a la tendencia interpretativa o polémica, que se sustancia en una voz discursiva de frecuente aparición.

Por consiguiente, esa instancia intermedia o mediadora que vemos en la crónica religiosa se compone de una voz que cuenta su experiencia tal como la vive y otra voz que interpreta y comenta. Hay que advertir, con todo, de que esas dos voces pueden solaparse o no, pueden ocupar espacios distintos en el texto o pueden desaparecer durante secciones enteras de la obra.⁸

⁷ Darío Villanueva, *Comentario de textos narrativos: la novela*, Júcar, Madrid, 1989, pp. 19-38.

⁸ No olvidemos que, por lo general, las crónicas son documentos monumentales, lo que supone que ningún rasgo del tipo que sea que veamos en ellas apare-

Cuanto más visible sea esa voz mediadora y más interesada esté en ofrecernos su visión y sus sensaciones, menos neutro será el discurso y con mayor facilidad podremos detectar diferentes tonos (pues la subjetividad no solo consiste en que alguien nos coloque directamente un discurso).⁹ En las páginas siguientes veremos las diferentes actitudes que el autor/narrador de la crónica adopta frente a los contenidos tratados y al relato que se despliega ante el lector y quienes lo protagonizan.

Entre los contenidos que nos ofrece la voz discursiva (comentarios editoriales sobre la estructura y contenido de la propia obra o de carácter político, alegatos, panegíricos y propaganda, e incluso reflexiones filosóficas formuladas a través de máximas –según veremos en la última parte de este trabajo–), me interesa destacar ahora algo que no es frecuente, pero el mero hecho de que aparezca en algún autor nos indica que la crónica puede ser incluso un medio de expresión de lo íntimo. Me refiero a las expansiones líricas sobre sentimientos personales que nos dejan autores como, por ejemplo, Ruiz de Montoya, que, en su *Conquista espiritual*, nos confiesa que «la codicia de ganar tantas almas para el cielo» hacía que olvidase todos los peligros de la acción evangelizadora (41), pero que, sin embargo, poco después pensó «tres veces que de dolor y angustia me desamparaba el alma, pero, acogiéndome al refugio de la oración me sentía seguro de la muerte» (49).

Lo normal, con todo, es que los religiosos no nos hablen de sus miedos y sensaciones más personales, sino que proyecten su subjetividad sobre el mundo exterior, reduciendo la pura referencialidad y adoptando una voz expresiva o apelativa y, en su grado más alto, apologética o, al con-

cerá en la totalidad de la obra, que se nos presenta casi siempre como un artefacto heterogéneo y misceláneo.

⁹ La tendencia a expresar ideas o experiencias personales no implica necesariamente que aparezca constantemente la primera persona gramatical (un *yo* claro). Aunque este comparezca para subrayar su presencia en los hechos (el ser, usando sus palabras, «testigo de vista»), cabe resaltar que los religiosos, llevados por su modestia o su pudor, tienden a ocultarlo y a hablar de sí mismos en tercera persona o utilizando su propio nombre como si estuviesen refiriéndose a otro. Pero ese intento de *objetivar* la crónica es vano, pues, por todas partes, afloran elementos de subjetividad.

trario, denigratoria, según taxonomía establecida por Ledda para estudiar las relaciones de sucesos.¹⁰ Propondremos dentro de un momento el catálogo de tonos o actitudes de la voz locutora encontrados en los textos analizados, así como los autores que los ejemplifican. Antes es necesario hacer algunas consideraciones: en particular, hay que decir que existe una dialéctica objetividad/subjetividad, es decir, que estas actitudes no suelen ser absolutas, sino que pueden estar gobernadas por criterios estructurales o textuales, lo que quiere decir que la perspectiva del locutor varía en función de la dinámica interna de la obra. Por ejemplo, puede suceder que en una misma obra los elementos subjetivos tengan una presencia progresivamente más acusada, que haya una evolución desde casi una asepsia inicial hasta una subjetividad final que llegue incluso a la apología o a la execración. Así ocurre en la *Historia* de Landa, obra expositiva que termina con un alegato que manifiesta extrema indignación a propósito de los sacrificios humanos. En Motolinía observamos una tendencia objetiva en la exposición etnográfica, incluso en los rituales,¹¹ aunque su *Historia* contenga, como veremos, varias formas de subjetividad. Otros autores, como Simón o Lizárraga, reservan la subjetividad para la descripción de personajes históricos (en este caso, Lope de Aguirre), pero en el franciscano esa subjetividad –irónica, sarcástica– es una forma de contar, pues sus *Noticias*, como indica el título, son puramente narrativas y no pretende utilizar una voz discursiva, ni mover al lector mediante un sermón moral.

En los demás autores que mencionaremos y ejemplificaremos no encontramos de modo tan evidente esa dialéctica del tono utilizado con la estructura, tema o forma de expresión. Sí es evidente que, conforme avanzamos en el siglo XVI, se acentúa la tendencia subjetiva –en gran medida porque va cobrando cada vez más relevancia la evangelización– que puede

¹⁰ Giuseppina Ledda, «Contribución para una tipología de las relaciones extensas de fiestas religiosas barrocas», en *Las relaciones de sucesos en España: 1500-1750: actas del primer Coloquio Internacional*, ed. Henry Ettinghausen et alii., Universidad de Alcalá de Henares, Madrid, 1996, pp. 227-237.

¹¹ Léanse, por ejemplo, las páginas 138-140, donde podrá encontrarse una muy objetiva y aséptica enumeración de ídolos.

derivar hacia una vertiente más polémica (alegato, discurso político, etc.), como sucede en la *Historia eclesiástica* de Mendieta, en la *Crónica moralizada* de Calancha, en la *Conquista espiritual* de Ruiz de Montoya o en la *Historia* de Dávila Padilla; o en una dimensión más sentimental: la expresión de la pura emoción, como en la *Historia* de Lizana (que guía su obra hacia el sermón moral, trufado de interrogaciones retóricas para dar rienda suelta a sus sentimientos), en la *Historia* de Durán o en la *Histórica relación* de Ovalle. Este último es, con seguridad, el que se muestra más apasionado por su trabajo y asume la fuerte subjetividad que lo impregna (que oscila entre la expresión de la belleza paisajística y el aliento épico en la narración de las batallas), indicando que no puede sustraerse a ella, ya que lo que cuenta lo atrae «como piedra imán» (127).

En el siguiente cuadro podremos ver las actitudes o tonos en que se formaliza la subjetividad y los autores donde aparecen de forma más evidente (aunque, desde luego, en cada uno aparezcan más, de forma secundaria, que las que aquí se indican, pero con esto será suficiente para ver las tendencias generales):

GRUPO 1	
ACTITUDES	AUTORES
Admiración	Motolinía, G. Carvajal, Grijalva, Landa
Emoción	Durán, Dávila, Tovar, Ovalle
Fervor/arrobo	Lizana, Calancha
Apología	Landa, Sahagún, Mendieta, Lizana, Lizárraga, Durán, Dávila, Calancha, Tovar, Ovalle, Barnuevo, Acosta
GRUPO 2	
ACTITUDES	AUTORES
Humor	Motolinía, Simón, Durán, Lizárraga, Dávila

Burla / menosprecio	Sahagún, Mendieta
Ironía	Landa, Mendieta, Simón, Ruiz de Montoya
Sarcasmo	Simón, Dávila, Ruiz de Montoya, Durán
Sátira	Motolinía, Lizana, Durán, Dávila, Lizárraga, Barnuevo, Ruiz de Montoya, Tovar
Denigración	Mendieta, Simón, Durán, Dávila, Lizárraga, Ruiz de Montoya, Barnuevo
GRUPO 3	
ACTITUDES	AUTORES
Ternura	Motolinía, Landa, Mendieta
Conmiseración	Sahagún, Dávila
Enfado	Motolinía, Lizárraga
Indignación	Landa, Sahagún, Durán, Tovar, Barnuevo, Ruiz de Montoya

Distinguimos catorce tonos o actitudes diferentes, aunque los matices y diferencias entre ellos pueda pensarse que sean en algunos casos muy pequeños. Además, aun reflejando subjetividad todas ellas, las hemos organizado en tres grupos: como puede verse, el primero y el tercero responden a estados de la voz locutora producto de su interacción con la realidad que se cuenta/comenta en la crónica. La diferencia entre el grupo 1 y el 3 estriba en la distancia entre el narrador (aquí fundamentalmente discursivo) y lo contado, que en este último es mínima: se corresponde con ese narrador que equivale a un autor real absolutamente metido e implicado en el mundo contado, el cual le provoca, por ejemplo, ternura (Motolinía) o conmiseración (Sahagún). En el primer

grupo, esa misma voz está más distanciada, más fuera de lo contado, aunque este le provoque sensaciones positivas. Por último, los elementos que figuran en el grupo 2 marcan un grado más de distanciamiento y son, además, decisiones técnicas sobre la forma de contar; incluso algunas, como la sátira, subgéneros literarios. Asimismo, implican, la mayoría, una interacción negativa con la realidad transmitida, pues consisten en la expresión de la misma a través de una lente crítica.

Tenemos, pues, casi el mismo número de actitudes que reflejan decisiones técnicas conscientes sobre cómo contar que de aquellas otras que expresan, digamos, la fusión de la voz locutora con lo contado, su implicación sentimental, el ser un elemento más del mundo descrito. A partes iguales, por tanto, los cronistas se comportan como escritores que manejan todas las formas de distanciamiento para criticar o mostrar su repulsa sobre aquello que les parece mal, y también como individuos que no logran controlar sus impulsos sentimentales y, olvidando el raciocino crítico, sucumben al arrobó, a la ternura o a la rabia. Por adelantarse un par de ejemplos para que se entienda bien esto: como religiosos evangelizadores, saben que deben derrotar la idolatría y hasta destruir físicamente símbolos y templos. Pues bien, aunque sea incoherente y hasta contraproducente con esto, no pueden evitar extasiarse ante el arte indígena, como vemos en este fragmento de Motolinía, donde, además, entre líneas podemos interpretar que el franciscano lamenta la pérdida de este patrimonio, que, sin embargo, él mismo había despreciado e injuriado anteriormente, refiriéndose a los edificios como «templos del demonio» (145):

La manera de los templos de esta tierra nunca fue vista ni oída, así de su grandeza y labor, como de todo lo demás; y la cosa que mucho sube en altura también requiere tener buen cimiento. Y de esta manera eran los templos y altares de esta tierra, de los cuales había infinitos; y de ellos se hace aquí memoria para los que a esta tierra vinieren de aquí en adelante, que lo sepan, porque ya casi va pereciendo la memoria de ellos ... Y por honrar más sus templos, sacaban los caminos muy derechos por cordel ..., que era cosa harto de ver (173-174).

Esa contradicción es formulada también por Juan de Grijalva en su crónica de los agustinos de México, pero no puede evitar que prevalezca la admiración:

Pegado a este hizo un hospital donde se curasen los enfermos, con tan buena división, y orden como se podía desear. Hasta hoy dura este grande edificio con pinturas antiguas, que entretienen y mueven harto a los que las miran. Pluguiera Dios así nos enseñasen como nos admiran (17).

Se pueden extraer conclusiones variadas de la información que ofrece el cuadro anterior. Algunas de las más llamativas son:

a) La orden religiosa que utiliza más expresiones narrativas subjetivas es, con diferencia, la de los franciscanos, seguida de los dominicos. Lógicamente, los autores que más acumulan (que aparecen más veces en el gráfico) también pertenecen a ese grupo: Motolinía, Sahagún y Mendieta. En las demás órdenes destacan solo el dominico Durán y el jesuita Ruiz de Montoya.

b) En la mayoría de los autores las expresiones de distanciamiento son superiores en número a las de proximidad positiva, aunque los hay que prefieren quedarse con uno de los dos tipos. Así, hay cronistas decantados con claridad hacia las formas de distanciamiento crítico (Lizárraga); otros que utilizan estas de forma exclusiva (Simón y Ruiz de Montoya), y un tercer grupo solo con expresiones positivas, aunque en la mayor parte de los casos sean muy pocas (G. Carvajal, Calancha, y Ovalle).

c) El grupo 3 nos muestra que las actitudes de proximidad y mayor implicación, paternal incluso, para bien o para mal, con lo narrado se formalizan en textos franciscanos, capaces de la mayor ternura y el mayor enfado y más propensos, por tanto, a una subjetividad que desborda el cauce del razonamiento, casi siempre en el contexto evangelizador.

d) Prescindiendo del grupo 3, donde la voz locutora, como hemos dicho, se implica directamente en lo contado, formando parte sentimentalmente de él, fijémonos en los grupos 1 y 2, que incorporan, respectivamente, formas de subjetividad positiva y negativa. Lo primero que se observa es que las segundas tienen más peso que las primeras. En cada grupo las actitudes tratan de ordenarse según una gradación

que va de lo más neutro a lo más marcado: en 1 comenzamos por una admiración, que implica todavía ver el objeto de lejos, y se termina en el extremo de la apología, que es una defensa extrema de algo, a menudo por determinados intereses (por ejemplo, estar a bien con el poderoso, cantar las bondades del cristianismo o transmitir la belleza de la nueva tierra frente a la metrópoli, en una actitud protonacionalista de reivindicación criolla). En el grupo 2, el humor, en realidad, es una decisión autorial que no siempre tiene implicaciones críticas. A partir de ahí, la burla sí está ya cargada en ese sentido y, si seguimos hacia delante, llegamos al extremo de la denigración.

Son, precisamente, las dos actitudes extremas de estos dos grupos, las que aparecen de forma más significativa en los autores considerados, las más frecuentes, lo que puede darnos una idea de hasta qué punto la crónica es mucho más que un informe con datos. Ambas pueden aparecer —aparecen, de hecho— en el mismo autor, salvo excepciones, debido al carácter heterogéneo de la crónica: los distintos temas tratados y la abundancia de personajes históricos incluidos reciben, por parte del autor, el diferente tratamiento que él estima conveniente darles. Excepciones a esto las tenemos en Ovalle, autor para el que todo es digno de elogio, hasta la ferocidad de los indios araucanos, o Calancha, que tiene muchos puntos en común con el anterior; en el lado contrario, la crónica de Simón, aunque sea de las más narrativas y de las menos interpretativas, está atravesada por una animadversión que se resuelve en constante ironía y sarcasmo, igual que la de Ruiz de Montoya, y en la de Lizárraga, aunque contenga elementos apologéticos —a la tierra, a las ciudades, etc.—, predomina el rechazo al mundo indígena.

Estas formas de subjetividad llegan finalmente al lector a través de marcas lingüísticas que examinaremos más adelante. Ofrecemos ahora muestras de varias de las actitudes de la voz locutora indicadas en el cuadro anterior. Para realizar este repaso comenzaremos por las actitudes del grupo 3, para continuar luego por el 1 y, finalmente, el 2.

La *ternura* y la *conmiseración* marcan el mayor grado de proximidad positiva entre la voz locutora y lo contado. Así como los indios pueden comportarse como agentes diabólicos, también pueden organizarse como niños para aprender rápidamente la doctrina cristiana, que se les da en

forma de canciones. Eso provoca en el evangelizador –en este caso Motolinía– una ternura que él no se molesta en ocultar:

En este tiempo se comenzó a encender otro fuego de devoción en los corazones de los indios que se bautizaban, cuando deprendían el *Ave María* y el *Pater Noster* ... Fue tanta la prisa que se dieron a deprenderlo y como la gente era mucha, estábanse a montoncillos, así en los patios de las iglesias y ermitas como por sus barrios (135).

Mendieta intenta explicar cómo los indios cumplen a la perfección los consejos de Aristóteles en cuanto a la educación de los niños, pero, lejos de colocarnos una perorata erudita, se limita a contarnos, con ingenuidad infantil y profusión de diminutivos, lo que hacen los padres:

A sus hijuelos chiquitos les hacen unos mecapalejos también chiquitos con sus cordelillos que parecen juguetes en que les atan alguna carguilla liviana conforme a sus corpezuelos ... Y las madres por el consiguiente enseñan a sus hijuelas dende que saben andar a traer un liachuelo de alguna cosa liviana envuelto en un paño, y la ligadura o nudos echados al cuello, que es usanza femenil (112).

En la *Historia del Yucatán*, Landa, después de un alegato indignado sobre las ceremonias indígenas, incluye al final del libro, a modo de anticlímax, un elogio y apología de la tierra, la flora y la fauna, todo él teñido de amor franciscano. Las veinticinco páginas podrían servir de ejemplo, pero valga este, donde vemos una forma de describir que comparten otros autores:

Hay mucha diversidad de pájaros y muchos son lindos, y entre ellos hay dos castas de tortolillas muy saladas, y las unas muy chiquitas y domésticas para criar, mansas (194).

Uno de esos otros cronistas es Sahagún, que, en el capítulo XI de su *Historia*, define multitud de especies y animales, como unos «pececillos barrigudillos que se crían en el cieno» (941).

La ternura puede convertirse en pena o conmiseración: más frecuente, referida al mundo indígena, con el empleo constante del adjetivo «pobre» y similares, que se aplica a indios que sufren abusos o a personas desvalidas que despiertan la pena en la voz locutora (por ejemplo, en Dávila):

Después de haberse partido de ella [de la ciudad], volvió con su gente y despojó a los pobrecitos indios de sus tristes alhajas y los dejó desnudos y maltratados (217).

Lo mismo sucede con Sahagún, que muestra compasión por la situación de los niños indígenas, para él «tristes» (145) y «desdichados» (147), pero también por todo el pueblo azteca, que había permanecido ajeno al cristianismo: «Triste y desamparada nación» (106), en una línea parecida a Motolinía, que después de denigrar las fiestas indígenas en un texto reproducido más arriba, muestra la otra cara de la moneda: la lástima: «Era cosa de grandísima lástima ver los hombres criados a la imagen de Dios vueltos peores que brutos animales» (126).

Esa compasión o lástima, que pide una expresión moderada de un sentimiento tranquilo y positivo, puede convertirse, sin embargo, en *enfado* e *indignación*, que saca lo peor de la voz locutora: la ira. Lo observamos en las crónicas de Tovar y Durán cuando cuentan el terrible espectáculo del linchamiento de los nobles indígenas mejicanos, ordenado por Alvarado. Así, el dominico logra un grado más alto de conmiseración o pena (que se mantiene real pese al tópico bucólico con que se expresa), en un relato que termina con «el aullido de las mujeres y niños, que a los montes hacían resonar y a las piedras hacía quebrantar de dolor o lástima» (II, 42). Con una expresión parecida y mayor indignación, si cabe, cuenta Ruiz de Montoya la matanza perpetrada por los colonos en su misión paraguaya, cuyas atrocidades, dice el jesuita, no se atreven a igualar los tigres ni el mismo Herodes (93), y añade:

Los gritos, vocería y aullidos de estos lobos, con las lastimeras voces de las madres que quedaban atravesadas de la bárbara espada y del dolor de ver despedazados sus hijuelos, hacía una confusión horrenda (93).

Estamos hablando ya de expresiones negativas, que derivan, con mucha frecuencia, hacia la sátira y la denigración, como veremos más adelante. Además de los desafueros de los conquistadores, un hecho básico que la motiva es el de los sacrificios humanos, como se puede ver en Landa,¹² o la antropofagia cometida con los propios hijos, en Sahagún:

Les hacían sacrificios de personas humanas con tanta facilidad como si sacrificasen aves y tantas veces cuantas los malvados sacerdotes o los *chilanes* les decían era menester, o a los señores se les antojaba o parecía. ... Después de matar en sus pueblos tenían aquellos dos descomulgados santuarios de Chichenizá y Cuzmil donde infinitos pobres enviaban a sacrificar o despeñar al uno, y al otro a sacar los corazones; de las cuales miserias tenga a bien por siempre librarlos el Señor piadoso que tuvo por bien hacerse sacrificio en la cruz al padre por todos (172).

No creo que hay corazón tan duro que oyendo una crueldad tan inhumana, y más que bestial y endiablada ... no se enternezca y mueva a lágrimas, y horror y espanto. Y ciertamente es cosa lamentable y horrible ver que nuestra humana naturaleza haya venido a tanta bajeza y oprobio que los padres, por sugestión del demonio, maten y coman a sus hijos (147).

Por el mismo motivo, Ruiz de Montoya se enfada al comienzo de su crónica con un supuesto sacerdote indígena, «gran predicador de mentiras», que con sus «boberías ... atraía a sí a no pocos necios» (13).

Las costumbres en general pueden ser también motivo de enfado, por ejemplo en Lizárraga, que, después de una fuerte diatriba contra el mundo indígena en la que nada se salva, dice que no puede seguir por temor a enfadarse: «En lo que toca a la doctrina, cómo aprovecharon en ella no quiero tractar, porque no se puede decir sino con palabras muy sentidas, y estas me faltan» (I, 296).

¹² Siguen al fragmento que damos dos páginas de un apasionado rezo y súplica, que son un excursu lírico-expresivo en una obra donde prima la exposición objetiva. Lizana, Mendieta o Calancha son otros cronistas que manejan esta expresividad subjetiva, propia del sermón.

Aunque los religiosos no pudieron dejar de criticar y menospreciar el mundo indígena en lo tocante a su universo de creencias y prácticas anejas a ellas, fueron, por lo demás, grandes defensores del mundo primigenio, por lo que se mostraron muy beligerantes –y no pudieron ocultar la ira e indignación que con frecuencia los embargaba– contra las agresiones sufridas por este a manos de los españoles, debidas, sobre todo, a su obsesión por el oro. Motolinía habla de las consecuencias de ello en un texto que tiene la didáctica y el tono del sermón:

Si alguno preguntase qué ha sido la causa de tantos males, yo diría que la codicia ... ¡Oh, cuántos y cuántos por esta negra codicia desordenada del oro de esta tierra están quemándose en el infierno! (132).

La forma que tiene Tovar de contar la huida de los españoles de Tenochtitlán no es nada objetiva:

Los miserables que quedaban cargados de oro y riquezas cayeron en aquel hoyo, tantos que le hinchieron, sirviendo de puente para que otros pasasen. Los miserables que se habían quedado en las casas reales por codicia de no perder los despojos los cogieron a unos en la plaza y a otros dentro ... Y los españoles pagaron sus crueldades y desafueros ... por permisión divina y justo juicio (138-139).

Otras veces, este enfado extremo se dirige contra otros religiosos por las razones de competencia ya comentadas. Este texto de Barnuevo contra los religiosos franciscanos es un buen complemento del ofrecido al comienzo de nuestro trabajo, solo que ahora el tono es mucho más marcado, pues la entonación manifiesta la indignación de la voz locutora, aunque forme parte de un discurso superior muy bien construido:

¡Digan si son estos los «engaños hechos a Su Majestad y falsos informes a su Real Consejo»; si es este el «delito indigno de religiosos», el «pecado indigno de católicos», el «hurto y robo de las ajenas glorias», el «agravio injusto contra lo debido a las proezas de su religión y religiosos»! ¡Si son los nombramientos en la Compañía de Jesús negociaciones del favor o premios alcanzados a brazos del mérito y merecidos a fuerza de trabajos y del derecho! (339).

Las actitudes del grupo 1 del cuadro desembocan en la más frecuente de la apología, pero antes de ver ejemplos de ella conviene aludir a la expresión de emociones como la *admiración*, la *emoción*, incluso el *arrobo*; en fin, la pura alegría. Ello no tiene por qué aparecer en fragmentos discursivos, donde reina la voz del propio autor; también se muestran en fragmentos puramente narrativos o descriptivos, en los que el narrador cuenta como si estuviese allí y se emocionase ante lo acontecido, como al narrar la leyenda de la laguna de México, de cuyo manantial salía agua «tan clara y tan linda que daba gran contento» (Tovar, 47). Lo habitual, con todo, es que haya una emoción verdadera porque hay una contemplación real, mientras se navega o recorre, de lo que se describe y una expresión de sus efectos en la voz narrativa, tal como ocurre en la *Relación* de Gaspar de Carvajal cuando habla, por ejemplo, de la extensión de los poblados ribereños del Amazonas:

Estas todas pobladas [ochenta leguas de camino], que no había de poblado a poblado un tiro de ballesta ... y hubo pueblo que duró cinco leguas sin restañar casa de casa, que era cosa maravillosa de ver (59).

Ya se ha dicho que la emoción estética ante las realizaciones artísticas, sociales y políticas del mundo indígena es una constante en la crónica religiosa y se formaliza en innumerables ejemplos, de los que más arriba se han reproducido dos (pertenecientes a Motolinía y Grijalva). Una manera extrema –y paradójica– de textualizar esta actitud es la renuncia a la presencia del narrador y a reproducir, sin instancias narrativas, distintas formas culturales de los lugareños, como hace Sahagún en el capítulo sexto de su obra, precedido de un discurso elogioso del locutor (pp. 421-422). El mismo autor, cuando habla con su voz –por ejemplo, cuando toma decisiones sobre cómo rotular los capítulos de su crónica–, manifiesta al mismo tiempo admiración y emoción ante la retórica indígena, bien visible en estos ejemplos, una actitud que encontramos también en otros cronistas, como Ovalle (85):

-«Tiene maravilloso lenguaje y muy delicadas metáforas y admirables avisos» (457).

- «No lleva esta oración tanta gravedad ni tanto coturno como la pasada» (465).
- «De la retórica y filosofía moral de la gente mexicana, donde hay cosas muy curiosas tocantes a los primores de su lengua y cosas muy delicadas tocantes a las virtudes morales» (421).
- «Usan de muy hermosas metáforas y maneras de hablar» (423).
- «Es oración de los sátrapas que contiene sentencias muy delicadas» (434).
- «Donde se ponen muchas delicadezas en sentencia y lenguaje» (437).
- «Donde se pone muy estremado lenguaje y muy delicadas metáforas» (440).
- «Con maravillosas maneras de hablar y con delicadas metáforas y propísimos vocablos» (502).
- «Donde se ponen muchas cosas apetitosas de leer y de saber, y muy buen lenguaje mujeril y muy delicadas metáforas» (536).

Además de los grandes monumentos –para Mendieta son «templos del demonio», pero, al mismo tiempo, «maravillosa cosa a la vista»– (395), atraen a los cronistas las realizaciones más pequeñas, como las piezas de cerámica, dignas de «ponerse en historia» –de tener la misma consideración que los grandes hechos–, según Durán, y alabadas como las mejores del mundo por Gaspar de Carvajal:

Era cosa de admiración, y aun de poner en historia, la curiosidad de los canteros antiguos y particular virtud que con otras piedrezuelas labrasen las piedras grandes e hiciesen figuras chicas y grandes, tan al natural como un pintor con un delicado pincel o como un curioso platero podría con un cincel sacar una figura al natural (194).

Había mucha loza de diversas hechuras ... y otras vasijas pequeñas como platos y escudillas y candeleros de esta loza de la mejor que se ha visto en el mundo ... porque es toda vidriada y esmaltada de todas colores y tan vivas que espantan (61).

Tanto en la descripción de monumentos en general como de los distintos elementos que los integran la exhaustividad y riqueza de la información es compatible con la percepción subjetiva, maravillada, como sucede con la de un pozo al que iban a parar los sacrificados y que, según Landa, «tiene más de siete estados de hondo hasta el agua y mucho más

de cien pies, hecho redondo en una peña tajada que es maravilla y el agua parece verde» (54).

Aunque religiosos, no dejan nuestros cronistas de emocionarse ante las estampas militares, encareciendo la belleza estética de los colores, el orden de las formaciones y hasta los tambores de guerra, que, aunque puedan producir miedo, también deleitan por lo acordado de su música:

Los cuales era tanto el número de ellos que cubrían los llanos, y era tanta la riqueza que en las armas y devisas y en las rodela tenían el oro, joyas, piedras y plumas que relumbrando con el sol hacían gran resplandor con los rayos que de ellas salía, con tantas diferencias de armas verdes, azules, coloradas, amarillas, negras, finalmente de todas colores, que era contento vellos (Durán, I, 110).

Pusiéronse los indios en el campo, y era cosa de contento verlos repartidos en ocho capitanías, cogiendo cada dos una de las cuatro partes del mundo, que es el estilo con que marcharon los hijos de Israel (Dávila Padilla, 253).

Salió toda la flor de la caballería a este baile, todos ricamente ataviados y tan lucidos que era contento verlos (Tovar, 135).

Oímos en los pueblos muchos atambores que apellidaban la tierra, porque se oyen de muy lejos y son tan bien concertados, que tienen su contra y tenor y triple. (Gaspar de Carvajal, 38)

Otro elemento que despierta admiración es la naturaleza: el paisaje es importante en las crónicas por motivos prácticos o instrumentales (por su riqueza o por su adecuación para construir poblados, por ejemplo); también, con frecuencia, es un enemigo terrible. Pero ahora me interesa resaltar su carácter estético, que provoca que se desate la imaginación y la sensibilidad de quien lo contempla. Así describe Ovalle el descubrimiento del Pacífico o mar del Sur: «No es decible el contento que todos tuvieron de ver aquella plancha tersa, aquel hermoso cristal» (121). Y Durán, la belleza de un riachuelo: «Salía esta agua de entre dos peñas grandes, la cual salía tan clara y linda que daba sumo contento» (I, 37) y su fuente, «ojo de agua hermosísimo en la cual fuente vieron cosas

maravillosas y de gran admiración» (I, 37), ejemplos ambos que aparecen calcados casi literalmente en la crónica de Tovar, según recogimos algo más arriba (47).

En fin, cuando la naturaleza se cruza con los símbolos religiosos (podemos ver una verdadera fusión *panteísta* en Ovalle y Calancha) la admiración llega a fervor o arrobo. Así en el segundo citado, para el cual América es una verdadera mina de cruces:

Al fin esta tierra produce cruces en aguas, árboles, flores y minas, y se gobierna por un crucero de cinco estrellas, ¿qué ventura le iguala?, y ¿qué reina del mundo no la envidia? (I, 59).

Aunque los cronistas tienen una formación teológica que les permite hablar de lo sagrado con un discurso distanciado, hay momentos en que no pueden evitar el fervor o arrobo. Le ocurre con frecuencia a Lizana al narrar episodios solo entendibles por disposición divina, que interrumpe con muestras de pasión extrema: «Oh maravillas del alto Dios, que así manifiesta su voluntad» (85). «¡Qué buscará el alma cristiana que la Virgen no la halle!, ¡qué puede desear que en la Virgen no tenga!» (88). «¡Oh juicios de Dios, altísimos!» (186).

Con todo, la expresión más frecuente de actitud narrativa positiva, entre las que hemos considerado en el cuadro dentro del grupo 1, es la *apología*, situación discursiva que incluye la alabanza, pero que se encamina a la defensa de algo o alguien por motivos determinados: no se trata, pues, solo de mostrar la alegría o el contento, sino de un elogio que, si va dirigido a personas, puede terminar en hagiografía. Esta actitud o tono de la voz locutora es que algo que, en sus discursos sobre teoría historiográfica, rechazan los cronistas, pero en lo que caen continuamente, como reconoce, por ejemplo, Ovalle, que no puede pasar «sin hacella la salva» (143) a la ciudad de Lima, admitiendo así explícitamente que la apología o panegírico es un elemento básico de la crónica. En este ejemplo vemos un elogio a una ciudad, que se repite en otras crónicas y se extiende al mundo natural y aun al social (la *Historia* de Sahagún, con sus matices, está concebida como una apología y homenaje de la cultura mexicana), pero también se recogen ejemplos de pane-

gíricos personales y, por supuesto, loas sobre la labor evangelizadora, en ocasiones con tintes épicos que muestran la lucha de los religiosos con la naturaleza. Veremos ahora algunos ejemplos de todo ello.

Para Calancha, criollo al igual que Ovalle, Perú es la

parte donde más ricos efetos cría el cielo, y que sobrándole lo precioso, no ha menester otra tierra del mundo para el regalo, para la comodidad y para el gusto de la vida humana (I, 66).

Y, no contento con eso, dedica un largo capítulo, el 10 de la primera parte, a probar, basándose en el inca Garcilaso, que la riqueza de Perú es infinitamente superior a la de España y que esta existe gracias a aquel, o poco menos. Ovalle también dedica los primeros capítulos de su *Histórica relación* a glosar las maravillas de Chile, en especial la belleza y fertilidad de su suelo, y es significativo que lo haga oponiéndolo al Perú:

La tierra es tan fecunda y pródiga en sus frutos que no tiene otra falta que no tener suficientemente quién se los gaste, porque, aunque el Perú es tan grande y no le vienen de otra parte los géneros que he dicho sino de Chile, había menester este otra Lima ... para desbastarle y dar salida a tanta abundancia como la que tiene de sus frutos (11).

Lizárraga se acuerda de su tierra española y se las arregla para elogiar al mismo tiempo a Cortés y a sí mismo:

El fundador [de una iglesia en honor a la Guadalupe de España] es natural de Medellín e yo nací en aquel pueblo, para que se entienda que sabe Dios de pueblos pequeños sacar un marqués del Valle, don Fernando Cortés, y un obispo, aunque indigno para el cargo (I, 122-123).

Las biografías de frailes son, como es obvio, un elemento fundamental de la cronística religiosa de Indias. Aunque aparezcan ocasionalmente personajes religiosos negativos, como veremos algo más adelante, lo normal es que se ensalcen sus personas en grado sumo, convirtiéndolas en ejemplos de vida, de abnegación máxima en su tarea hasta el límite del martirio y hasta de lucha ejemplar con los obstáculos que les

pone la tierra. Así, en diferentes obras, se componen biografías en capítulos enteros, si bien en otros casos se reducen a pocas líneas en forma de enumeraciones de elementos tópicos, como en la crónica de Lizárraga, cuando se describe a un fraile como «maestro en santa Teología, varón realmente apostólico, castísimo, libre de toda cobdicia y ambición, gran predicador» (I, 95), o en la de Calancha, cuando de otro se dice que fue «espejo de la virtud, penitente, recogido, desinteresado, caritativo, eficaz en la predicación y santo en el aplauso de todos» (I, 34).

Lizana elogia a su compañero de orden Landa, elevándolo a la consideración de santo y portador de milagros, pues cuando él predicaba se veía una «estrella resplandeciente sobre el púlpito» (65) aunque también dice que a los hechiceros «los colgaba de perchas» (ibídem), pero lo justifica con su «autoridad apostólica» (ibídem):

Este religioso fue tan grande obrero que fue uno de los más aventajados en el celo de las almas ... Este santo religioso fue el fundador de este santo convento, y el que lo edificó con inmenso trabajo; y porque se sepa si con razón le llamo santo al fundador, véase en que Dios obró milagros por él (64).

El polémico Las Casas es comúnmente alabado por los religiosos de cualquier orden, salvo por Motolinía, que lo satiriza sin piedad.¹³ En este trabajo podemos poner el ejemplo de Mendieta, del que entresacamos esta semblanza, en la que se elogia una lucha que al dominico le causó problemas y disgustos:

Fray Bartolomé de las Casas ..., siendo clérigo en la isla Española, con cristianísimo y piadoso celo comenzó a llorar ante la clemencia divina y clamar ante los Reyes Católicos, poco antes de su muerte, y de D. Carlos su nieto, felicísimo Emperador, la gran destrucción y asolamiento que nuestros espa-

¹³ Isacio Pérez Fernández, «Carta al Emperador Carlos V», en *Fray Toribio Motolinía frente a Bartolomé de las Casas*, San Esteban, Salamanca, 1989. El texto de la *Carta* puede leerse también en edición de la Biblioteca Virtual Cervantes en <<https://n9.cl/ofqq>> (01/10/2020), procedente de la *Colección de documentos para la historia de México*, ed. Joaquín García Icazbalceta, Porrúa, México, 1980.

ñoles hacían en los indios naturales de estas regiones, y después siendo fraile y obispo renunció el obispado por hacerse procurador de ellos ... donde pasando mucha penuria, trabajos y contradicciones, siendo avisado ... de las vejaciones y daños que se hacían a los indios recién convertidos, con su buena diligencia fue parte para que muchos se remediasen, y sobre todo, que se libertasen los que eran tenidos por esclavos, y que no los hubiese de allí adelante entre los indios (366).

Lizárraga y Dávila ponderan la valentía de los religiosos en contextos bélicos, bien para atender a los necesitados, bien para seguir animándolos en su devoción, respectivamente:

Nuestro religioso puso también las faldas en cinta, arrebató su bota, bizcocho y queso ..., y a los cansados dábales de beber y un bocado, a los heridos cuidaba como mejor podía, y así andaba en medio de los que peleaban (I, 85-86).

El bendito padre fray Domingo de la Anunciación con su devoción piadosa anduvo avisando a los soldados que rezasen el Avemaría; y el que tenía oficio de ser trompeta del Evangelio lo fue de la guerra en servicio de la Virgen Santísima María (258).

Con frecuencia encontramos también a religiosos en contextos de lucha contra las asperezas de la naturaleza. En estos casos, como sucede con los momentos bélicos, son elevados a un rango épico, aunque el objetivo no sea vencer al enemigo, sino ganar almas para el cristianismo. Así sucede en este fragmento de Lizana:

Por montes cerrados, y caminos espinosos, y pedregales escabrosos, que a veces era necesario cortar ramas, y pasar agachados, con mucho trabajo iban ... pues iban apartando los ramos, y espinos con las manos, mas el celo santo de las almas los llevaba como si fueran por amenos y deleitosos prados (151-152).

El propio proceso evangelizador y sus ventajas no solo espirituales sino sociales y políticas, como es normal, es objeto de continua apología. Puede tener un objetivo general, global (mostrar la pertinencia y el mérito de la labor evangelizadora), como en Grijalva:

No solo se les debe la doctrina sobrenatural, sino que también les enseñaron las costumbres morales y políticas, en fin, todo aquello que es necesario para la vida humana, porque la gente estaba tan inculta que ni comer sabía, ni vestirse, ni hablarse a lo menos con cortesía y humanidad. Y todo lo han enseñado las tres religiones en esta tierra con tanta perfección que hoy compiten en religión y política con toda la Europa (15).

Pero también puede ser más concreto y no tan santo (publicitar los méritos de una determinada orden, como los jesuitas en sus misiones). Este pasaje de la crónica de Ovalle –y en el alegato sobre las misiones podríamos citar también, por ejemplo, a Ruiz de Montoya y su *Conquista espiritual*– es muy significativo de lo que intentamos demostrar en este trabajo: que estos textos históricos tienen una enorme carga subjetiva y que los cronistas son muy conscientes de ello y están atrapados en un bucle del que no pueden salir. Nos dice el jesuita sobre las «insignes misiones que han fundado allí los padres de nuestra Compañía de Jesús» (127) que no debería tocar ese tema: «Ya me arrepiento de haber subido tanto, mejor me estaba no haber llegado aquí» (ibídem). Como no puede evitarlo, querría que no «pareciese encarecimiento lo que con ninguno se podrá suficientemente dar a entender; no es lugar este de panegíricos ..., así lo confieso» (ibídem). Pese a negarlo, el discurso posterior suena precisamente a panegírico donde la pluma vuela alto:

¿Quién no se admira de ver que se destierren voluntariamente tantos manebos y que echando la hoz a sus esperanzas y acrecentamientos, se abandonen a sí mismos para vivir hasta la muerte en aquellas soledades, solo por el amor de Dios y el celo de las almas? (ibídem).

Para concluir este repaso de muestras del grado positivo más alto –el discurso apologético–, examinemos ahora algunos ejemplos en que va encaminado a personajes civiles. La loa (en ocasiones con un punto de idealización) de las civilizaciones precolombinas y de algunos de sus caudillos y guerreros es frecuente. La vemos en Landa, Mendieta o Durán, pero también en Ovalle, que se rinde ante los indios chilenos y la fuerza épica de los ejércitos en lucha, sin que haya parcialidad por uno u otro,

y transmite en su crónica una subjetividad optimista visible tanto en la apología de todo el proceso de la conquista como en la presentación de los dos bandos en lucha.

Comenzaron la batalla, que fue muy reñida de la una y otra parte, y en mucho tiempo que duró no se conocía ventaja, porque los valerosos hechos de la una y otra parte tenían como pendiente y suspensa la victoria (194).

Es visible en Durán y Mendieta una cierta idealización del mundo primigenio e incluso de su relación con los españoles en contextos bélicos. Por ejemplo, el primero elogia costumbres:

Este cuidado tuvo siempre la nación mexicana, de galardonar muy por entero a los hombres de valor que en las guerras se señalaban, y a los que se daban a la virtud (I, 95).

Y Mendieta convierte el famoso episodio de la rebelión del cacique Enrique en una novela al estilo morisco, donde, pese a la violencia anterior, todo termina en paz y armonía:

Como cosa que tan bien le estaba, lo recibió [al enviado español] con la benevolencia posible, abrazándose el uno al otro, y ni más ni menos todos los españoles como los indios, regocijándose y comiendo todos juntos (59).

Landa loa también a un cacique, «hombre de gran reputación y muy sabio en sus cosas y bien sagaz y entendido en las naturales» (66), que le contó al autor muchas «antigüedades», y no le duelen prendas en elogiar la valentía de los lugareños ante la guerra de conquista porque «tenían razón los indios en defender su libertad» (73). En fin, si tuviéramos que individualizar un caudillo indígena encumbrado por los cronistas, este sería el *mexica* Tlacaellé, según Tovar y Durán, que destacan respectivamente su inteligencia y valor épico:

Se descubrió con aquella ocasión un valeroso mancebo llamado Tlacaellé ..., el cual fue después príncipe de los ejércitos, y el más valeroso y valiente y

de mejor parecer y consejo en las cosas de guerra que jamás se ha hallado en toda la nación mexicana (70-71).

[Tlacaellé] poniéndose delante de su gente, que ya andaba cansada, empezó a hacer maravillas, derribando a cuantos delante topaba, con lo cual [los enemigos] se empezaron a recoger a una cerca o albarrada que para defensa de su ciudad tenía hecha (I, 111).

En el bando de los conquistadores, dejando aparte a la institución monárquica –intocable y a menudo presentada en íntima alianza con la institución cristiana–, sin duda el personaje que concita más elogios es Cortés. Entre los autores que estamos examinando, tiene una importante presencia, entre otros, en Mendieta y Durán. Es el primero el que hace un retrato más completo y, al tiempo, distinto, puesto que le interesa más su contribución al progreso de la evangelización que su desempeño como valeroso soldado. Reconoce el franciscano que está escribiendo una «loa» del personaje (178), aunque debe reconocerse que no esconde algunos puntos negativos, pero, al final, lo exculpa achacándoselos a sus subordinados: «Mas yo de aquellos mismos excesos (confesándolos por tales) no puedo dejar de excusarlo» (177) y se alarga en argumentaciones sobre que las circunstancias lo llevaron a actuar en contrario a sus deseos. Así que debemos quedarnos con la idea de que es, nada menos, un instrumento de Dios para ganar nuevas almas y compensar el destrozó luterano:

Débase aquí mucho ponderar cómo sin alguna dubda eligió Dios señaladamente y tomó por instrumento a este valeroso capitán D. Fernando Cortés, para por medio suyo abrir la puerta y hacer camino a los predicadores de su Evangelio en este nuevo mundo, donde se restaurase y se compensase la Iglesia católica con conversión de muchas ánimas la pérdida y el daño grande que el maldito Lutero había de causar ... en la antigua cristiandad (131-132).

Durán prefiere mostrarlo en acción, como héroe épico:

El valeroso don Hernando Cortés, reprendiéndoles su cobardía y temor, mostrando un ánimo más que humano ..., los animó y consoló con sus beninas palabras ..., y tomando una lanza en la mano, encomendándose a nuestro

Señor con mucho ánimo invencible, atribuyéndoselo a temeridad todos los del ejército, solo arremetió a los indios ... Luego todos empezaron a desamparar el campo y a huir (II, 51).

Otros personajes importantes que reciben la apología de los cronistas son Francisco Pizarro y el propio Colón. Calancha encumbra al extremeño y acuña el adjetivo «pizarrina» para la tierra del Perú, al tiempo que denuesta a quienes hablan mal del conquistador (I, 30), y su panegírico, que nos lo muestra como alguien que creó y repartió honra y riqueza, adquiere tintes elegíacos al abordar la pobreza en que murió:

Pues entre tantos a quien el marqués dio honras de nobleza y rentas de gran cantidad a los españoles, ¿ni hay español que lo defienda ni hay español que lo entierre? Quien tuvo y repartió más riqueza que tuvo príncipe en el mundo ¿ni tiene para una misa ni hay quien le dé razonable mortaja? Quien dio de comer a tantos hijos ajenos ¿no halla entonces quien ampare los suyos? Quien fue causa de aumentar rentas, estados y linajes ¿no tiene en el Perú un peso de renta para los suyos? (I, 118).

En fin, la selección léxica muestra que esta semblanza de Colón por parte de Ovalle es algo más que una apología:

La alabanza que esta su grande hazaña mereció no fue por lo que supo ..., sino por el generoso ánimo y constancia que tuvo en descubrirlo. Esta fue su gloria, y esta es toda suya, esta es la que le puso en la cabeza el inmortal lauro de que goza y gozará siempre su buena memoria (112).

Desfilan por las crónicas otros personajes de menor rango, como el adelantado Montejo (Landa, 66-75 y Lizana, 148) o un caballero elogiado por su caridad y limosnas (Lizárraga, I, 69) o importantes en la administración, como el virrey Luis de Velasco, «*animoso* caballero» que también sabe exponer «cuerdas razones» y, sobre todo, que desempeña «no solamente oficio de capitán general, sino de predicador de Cristo» (Dávila, 232). En última instancia, en la apología pueden mezclarse soldados rasos con capitanes, y así G. Carvajal ensalza por igual a los subordinados anónimos, alguno de los cuales «con una daga se metió en medio

de los enemigos y peleó tan bien que todos nos espantamos, y salió con un muslo atravesado» (56), y a los jefes: «Venía adelante el capitán general, señalándose muy como hombre» (58).

Si ahora repasamos los ejemplos de tono apologético que hemos puesto, veremos en los referidos a los conquistadores un elemento característico de la cronística religiosa: que en la semblanza de los personajes figura, dentro del argumentario en defensa de los mismos, el rasgo no menor de que las miras u objetivos de lo que hicieron eran evangelizadoras. Esto es, no solo eran impecables como soldados y merecían por ello ser encumbrados al rango de héroes, sino que, más allá de eso, eran instrumentos divinos.

Después de llegar a estos topes de la expresión épico-apologética, que muestran una voz locutora llena de arrobo y optimismo, debemos hacernos eco de la otra mirada: la que, desde el humor, la ironía y el sarcasmo y la burla más leve, va subiendo hacia la sátira y la denigración, y refleja, al contrario, una voz agria y crítica. Todas estas actitudes, como ya se ha indicado, suponen decisiones técnicas de la voz locutora. De todas ellas, el humor es la más inocua, ya que solo refleja un leve distanciamiento, algo que no llega a ser burla y que, incluso, puede tener como objetivo simplemente arrancarle una sonrisa al lector. La ironía y el sarcasmo son ya refinamientos humorísticos oblicuos que no abundan en la crónica porque esta prefiere casi siempre el combate directo, un cuerpo a cuerpo que empieza con burlas aisladas y continúa con una sátira personal o de costumbres más sistemática, para terminar en la sátira extrema, que es ya la denigración, la injuria o agravio a través del insulto o de la reducción degradante. Buscaremos en los ejemplos que vienen a continuación dar cuenta de todas estas actitudes, sabiendo que las fronteras no siempre están claras, pero que los cronistas, globalmente, son capaces de ofrecernos todos los matices.

En primer lugar, nos encontramos con el *humor*, incluido aquí por el distanciamiento que supone con respecto a lo narrado y su falta de identificación con él. En Lizárraga encontramos algunas muestras de humor y chistes más o menos voluntarios, algunos producto de una mala redacción, como en la anécdota de García de Mendoza que «despachó por orden de Su Majestad del rey Filipo Segundo, que goza del Cielo

(aunque contra su voluntad), a Álvaro de Mendaña» (Lizárraga, II, 201). Otros ejemplos recogidos se refieren a los problemas alimenticios de indios y españoles, ya que, aunque los indios estaban en paz con los españoles «no quisieran tanta por el menoscabo de su comida» (Dávila, 248), una paz que no evita que estos descansen «con más cuidado que hartura» (Dávila, 256). En Motolinía, como en Durán, el humor reside sobre todo en la selección de episodios: por ejemplo, el primero se hace eco de un hecho que a él le provoca risa, pero que esconde cierta crítica a la falta de atención evangelizadora, ya que transcribe las palabras de los indios sobre cómo oyen ellos misa: «Decían que oían misa con el ánimo y con el deseo, porque no tenían quien se la dijese» (182-183). Durán cuenta, con tintes esperpénticos, una pequeña escaramuza entre indígenas (I, 91) o la peripecia de unos indios ebrios que no aciertan a salir del barco de los españoles (II, 8), y para remarcar el miedo de los españoles ante los nativos debido a su número, expresa que estos eran tantos que «cubrían el sol» (II, 25).

Pero quizá es Simón el más dado a *jugar* –por así decirlo– conceptual o estilísticamente a provocar la sonrisa del lector, si bien –todo hay que decirlo– su humor es casi siempre sombrío y deriva con mucha frecuencia hacia la ironía o el sarcasmo, como veremos algo más abajo. Lope de Aguirre inspira algunos de estos momentos: así, cuando aventura que el apodo de *marañones* que le pone a sus hombres se debe a las «marañas que cada día se urdían en aquel ejército» (286); o cuando la orgía de muerte desatada por él le inspira aparentes juegos de palabras, como «los muertos se quedaron muertos, y de los vivos no murió ninguno...» –al menos, habría que añadir, en aquel momento– (323); o, en fin, para hurgar en episodios poco heroicos: la huida en que los indios utilizan las armas de sus pies «viendo que las que traían en las manos les defendían poco» (164) o cuando los españoles «no medraban en otra cosa que en comer» (149).

La *ironía* y su forma más mordaz, el *sarcasmo*, asoman también, y quizá sea este último más significativo por su utilización, como ahora veremos, en contextos de terror, miedo o muerte y derivando, en algún caso, hacia el humor negro. La ironía se emplea como crítica o descalificación genérica de per-

sonajes. Así, Simón se refiere a Aguirre y a Salduendo como «dos buenas almas» (261); Mendieta, a un gobernador enviado por los Reyes Católicos y totalmente desinteresado por el bienestar de los indios, al que califica de «buen hombre» y luego añade entre paréntesis «perdóneme Dios» (64), o Dávila, que describe como «devotos cristianos» (409) a españoles que no lo son tanto y, en otro contexto, le quita hierro al castigo infligido por un fraile a una mujer diciendo que «se había puesto en peligro de herir o quitar la vida a la pobre mujer con tan poderosas armas como su zapato» (631). Pero es Landa el autor en que más ejemplos encontramos: también él recurre al uso irónico de adjetivos positivos: «Devotas oraciones» y «buen sacerdote», referidos a la cultura indígena (126), «gentil borrachera», «cuidadosos sacerdotes» (130) y «benditos sacerdotes» (138). Otras veces se incluye en estructuras más complejas: «Después comían muy bien y se emborrachaban mejor» (126) o «es de creer que aquella devota vieja llevaría con qué emborracharse en casa para no perder las plumas del oficio en el camino» (154).

El sarcasmo persigue, como decíamos, hacer más sangre y es ejemplo de extrema subjetividad y animosidad por parte de la voz locutora. Sabemos que Simón concentra su inquina, de diversas maneras, en Lope de Aguirre, al cual se le pasan los días «en vano por no haber derramado en ellos sangre humana» (288) y para el que resulta novedoso «evitar la ocasión en que no se matasen unos a otros, fuesen de los que fuesen» (284). Y sobre las distintas penas por delitos cometidos, relata sobre el responsable de un motín que «pareciéndoles merecía justamente la muerte, la moderaron en hacerle cortar un pie» (162). En una línea parecida, Landa comenta la buena suerte de unos prisioneros que «dieron con otro señor enemigo del primero y más piadoso, el cual se sirvió de ellos como esclavos» (48). Las ceremonias indígenas provocan el sarcasmo de Durán: «Celebraban en esta tierra los indios una solemnísimas fiesta y tan regocijada y ensangrentada y tan a costa de hombres que no había otra más que ella» (II, 73). No podía faltar la crítica dirigida contra los abusos de los españoles, que apenas pagan a los indígenas por su trabajo, ante lo cual estos quedan, según Mendieta, «bien medrados» (68). En fin, en la *Conquista espiritual* de Ruiz de Montoya los enemigos son los colonos portugueses y españoles que quieren arruinar la ciudad-misión jesuítica, y por eso están muy alegres, «dando gracias a Dios por ver arder la iglesia» (93).

Sahagún y Mendieta, pese a presentar una visión del otro bastante positiva –no en vano, el primero recoge todo su caudal cultural¹⁴– incurrir en *menosprecio y burla* ante comportamientos y creencias que el primero tacha de «ridículas fábulas» (613). El segundo se burla de la supuesta ignorancia de los mayas en materia de eclipses, pues «no alcanzaban su natural secreto» (Mendieta, 101) o de los sacrificios de algunos animales porque no acertaban por dónde iba a salir el sol (79). Tovar se burla de las supuestas propiedades curativas del maquillaje, aunque va enfadándose progresivamente en su discurso (171), o de algún ídolo: «No se ha visto demonio que tanto conversase con las gentes como este» (34).

Lo frecuente es que las actitudes anteriores alcancen la categoría de *sátira*,¹⁵ que aparece en las crónicas bajo distintas formas y en diferentes contextos. Sin llegar al extremo de la ofensa directa, incorpora una ridiculización de una persona, grupo, gremio o costumbre, utilizando medios como la degradación esperpéntica o la caricatura y puede incluir el ingenio y la mordacidad. Por ejemplo, Tovar y Durán la emplean para describir elementos de los ceremoniales indígenas, pese a la objetividad dominante en estos casos, como hemos reiterado: el jesuita, a propósito de los materiales con que se pintan los nativos, afirma que estos «aunque no huyesen del betún, huirían de ver un retrato del demonio en que iban transformados» (Tovar, 171). El dominico es implacable con las ceremonias practicadas por una tribu en este fragmento que incluye ironía y está lleno de diminutivos y enumeraciones maliciosas:

Hicieron un sacrificio muy donoso a todas las sabandijas del agua para que les fuesen favorables, invocando a las culebras del agua, y a las ranas y peces, a los camaroncillos y a las sanguijuelas, a todos los gusanillos y sabandijas que

¹⁴ Hemos dado páginas más arriba un listado de títulos de capítulos que así lo atestiguan.

¹⁵ Ya se ha comentado que la sátira es un género literario que discurre a través del tiempo, aunque en las crónicas de Indias esta es, como casi todo, un ingrediente más que, junto a otros, contribuye al peculiar espesor y complejidad de este tipo de textos. Por lo demás, estas obras son hijas de su tiempo, el Siglo de Oro, por lo que en ellas se ve la sátira social y política, así como la de costumbres y oficios.

en ella se crían ... Ellos, oyendo las respuestas del dios de las aguas y pescados, ranas y culebras, camarones y sanguijuelas, volvieron al combate (Durán, 122).

Es frecuente también la sátira de costumbres, visible en diversos autores, como, por ejemplo, Motolinía, que, en su *Historia*, lleva a cabo una sátira feroz de las costumbres de los colonos españoles (en una línea, por cierto, muy parecida a la que manejará Larra tres siglos después; se diría que el romántico ha leído al fraile), de la que extraigo el comienzo, donde el primer y tercer segmento en cursiva son elementos claramente ridiculizadores:

Cuando yo considero los enredos y embarazos de los españoles, querría tener gracia para me compadecer de ellos y mucho más y primero de mí. Ver con cuánta pesadumbre se levanta un español de su cama muelle, y muchas veces le echa de ella la claridad del sol y luego se pone un monjilazo porque no le toque el viento, y pide de vestir, como si no tuviese manos para lo tomar, y así le están vistiendo como a manco (190).

Ruiz de Montoya dirige su sátira en igual sentido, pero tiene más trascendencia moral porque habla de la hipocresía de unos supuestos cristianos que a continuación se comportan con extrema crueldad con los indígenas de la misión, según vimos en un fragmento ya citado:

Confiesan y comulgan como si fueran en romería a Compostela. Este es su modo de vivir hasta la muerte, y salteados de esta, reciben los sacramentos todos, dejando en testamentos y legados gran copia de gente libre en perpetua esclavitud (92).

Yo confieso que les he oído decir que son cristianos, y aun en esta ocasión traían rosarios bien cumplidos; sin duda tienen fe en Dios, las obras son del diablo (93).

Los ejemplos anteriores son solo dos de los muchos que podrían ponerse, pues los cronistas religiosos no pierden ocasión de fustigar la, según ellos, vida muelle, regalada y hasta viciosa de los colonos españoles. Pero tampoco se salvan los soldados, de cuya cobardía se mofa Dávila, usando muy a propósito la caricatura animalizadora:

Cuando los amedrentados españoles los vieron, juzgaron que venían legiones de gigantes en cuya comparación ellos eran menores que langostas. Volvieron las espaldas ... Todo aquel medio día habían caminado los ingleses sin agua, que les hacía falta más que en otras ocasiones el vino. Estaban sin aliento ... y sin más ánimo del que les daba el poco que los españoles tenían (416).

Es cierto que las crónicas son terreno abonado para la épica de las batallas, pero la mirada de los religiosos, sin descartarla, es crítica y satírica, como muestra el ejemplo anterior y vemos también en pasajes de las obras de Lizárraga y Simón, que de igual forma tiran de ingenio y juego verbal. El primero se burla de un ejército donde «no había un grano de pólvora, ni gentilhombre lanza que tuviese lanza ni gentilhombre arcabuz que tuviese arcabuz» (Lizárraga, II, 155). Y Simón añade su percepción personal de la marcial estampa:

En todo él [ejército] no había más que dos arcabuces y el uno sin cazoleta y bien poca munición para ambos; y decir que todos eran buenos jinetes, sería levantarles testimonio. ... Los demás subidos a caballo eran más carga que caballeros. ... Verlos era más materia de risa y entretenimiento que de confianza para alguna defensa (329).

En la tradición literaria de los Siglos de Oro, que nuestros cronistas conocen bien, es sabido el gusto de los autores por la sátira de oficios, grupos sociales y geográficos. Así, tenemos, cómo no, a los médicos, que, según Simón, se pelean por matar:

Si el enfermo moría, pagaba el médico con la vida; costumbre que si hoy se usara entre nosotros, pienso que no hubiera tantos que se atrevieran a serlo, en especial en estas tierras de las Indias, donde ... no hay pueblo que no esté lleno de ellos, tomando a porfía el matar más el que menos puede y menos sabe (191).

Aunque los religiosos, como hemos visto, reciben casi siempre elogios y son elevados a las alturas de la santidad y la épica, no podemos descartar que sean objeto ocasional de una mirada crítica, más o menos caricaturesca, irónica o satírica. Ello sucede cada vez que su comportamiento no se compadece con su oficio, como el sacerdote que en Tenoch-

titlán se preocupa solo por buscar el tesoro de Moctezuma (Durán, II, 37). Lo normal, con todo, es que tenga lugar en el contexto de la pelea entre órdenes religiosas o en la crítica implacable de estas al clero secular. Se aprecia en Mendieta, que narra la impotencia de un clérigo al ver que los indígenas prefieren a los frailes franciscanos antes que a él y por eso «comenzó a hacer bramuras, mas viendo que no le habían de aprovechar ... tuvo por bien de dejarlos» (266). Lizana coincide con su compañero en caricaturizar los ruidos inarticulados producidos por la ira, en este caso, de todo un obispo que solo sabe emitir «bufidos» (184).

En fin, aparecen también los vizcaínos y su proverbial fuerza y arrojo en este ejemplo de Lizárraga, donde no está claro si hay un elogio o una caricatura: «Era este soldado vizcaíno; otro por ventura no tuviera tanto ánimo a echar mano a la culebra de la garganta con ambas manos» (I, 207). El dominico, por lo demás, es experto, en descripciones en el fondo negativas –que manifiestan desprecio por lo descrito–, pero presentadas de tal forma que arrancan una sonrisa en el lector. Sucede, sobre todo, cuando bajo la lupa está el mundo indígena: por ejemplo, los indios moyos, que «comen cuantas sabandijas hay ... y si pueden haber a las manos los potranquillos, no los perdonan, y como tengan un sapo para comer aquel día, luego se tienden de barriga en el suelo» (I, 246).

Si subimos un peldaño más en esta escalera de expresiones negativas, nos encontramos ya con la sátira, generalmente *ad hominem*, animada por un propósito de *denigración* extrema, para ofender o injuriar mediante el insulto y la execración. La mayor parte de las veces son personas las que se ponen en la diana, pero también puede tratarse de grupos o de costumbres. Empezando por esto último, recordamos de nuevo la *Relación apologética* de Barnuevo, de la que ya hemos puesto algún ejemplo, en la que ataca, aunque diga retóricamente que no, a los religiosos franciscanos, que osaron a su vez ofender a los jesuitas:

Luego querer con prevenidas quejas y anticipadas querellas borrar y oscurecer tan conocido y manifiesto derecho de la Compañía de Jesús a fuerza de sobrados méritos agravio es manifiesto que pide a voces de justicia su gloriosa defensa. Aquí sí que venía bien decir que es este delito de religiosos indignos; pero cállelo mi pluma (Barnuevo, 341).

El descrédito de las fiestas indígenas es total, como ya se ha indicado; por eso cabe que, además de una descripción relativamente objetiva, se cuelen términos como «espurcicia, hediondez y fealdad» (Mendieta, 223). O que para él los indígenas formen una «babilónica e infernal iglesia o concentración de idólatras» (97), aunque en el fondo el culpable sea el «maldito demonio» (Ibídem).

La violencia extrema que ejercen grupos de personas, ya sean indios o españoles, desata la ira y provoca el insulto de los cronistas, tal como vimos en su momento. Ello sucede, en especial, cuando los destinatarios de la violencia son religiosos martirizados o indios indefensos. Ruiz de Montoya califica de «bárbara canalla» (88) a quienes martirizaron al padre Cristóbal de Mendoza. Y añade:

Esas bestias ..., no hartos con las carnes de tan amoroso padre, fueron a comerse dos hijos que el santo en Cristo había engendrado ... y relamiéndose en la inocente sangre, con gran festejo y provisión de vinos hicieron pan molido entre sus dientes (89).

Los soldados de Alvarado, para Durán, en vez de «predicadores del evangelio de Jesucristo» (II, 42), eran «discípulos de iniquidad» y «ministros del demonio» (ibídem).

Cuando se trata de personajes individuales, nadie se salva: caciques indios, conquistadores, criollos, curas, reyes enemigos, Lutero, etc. De un cacique dice Calancha: «Fue lascivo, flojo y mal querido, y ejecutaba cruelmente la pena contra los flojos; condición de nuestra naturaleza ... que el mejor verdugo se hace del mayor ladrón» (I, 96). Durán denigra a Alvarado llamándole «traidor» y autor de una «atroz y tiránica crueldad», pero el mismo autor no deja mejor parado a un «Pedro R., clérigo presbítero [que] ... entiendo se lavaba él más veces las manos en la sangre de los inocentes que no Pilatos con agua en la muerte de Jesucristo» (II, 65), aunque no emplee el insulto directo, sino la comparación y la manipulación del significado de la expresión coloquial lavarse las manos para darle un sentido diferente.

Ya sabemos que es Lope de Aguirre el conquistador español que más inquina suscita. Objeto de burla y sátira constante, las diatribas pueden

llegar en ocasiones a la denigración, como se ve en este fragmento de Simón que reduce el retrato de Aguirre a una caricatura, pero no deja de recalcar que su cabeza está «envenenada»:

Estas amenazas y otras muchas tenían tan afligidos y amedrentados a los pobres vecinos de la Margarita, que no daban un maravedí todos por sus vidas, no pareciéndoles podían prometerse esperanzas mayores de ellas, viendo la ferocidad del rostro, ademanes de cuerpo, patear, echar espumajos por la boca cuando las decía, a que no le ayudaban poco sus capitanes y soldados ..., que mostraban las mismas intenciones y complacencia que tenía su envenenada cabeza (Simón, 302).

Todo ello lo había expresado ya en parecidos términos Lizárraga veinte años antes:

A esta fama bajó del Cuzco ... un vizcaíno llamado Lope de Aguirre, de mediana estatura, no muy bien tallado, cojo, gran hablador y jurador, si no queremos decir renegador, con una hija suya mestiza, no de mal parecer; vi a este Lope de Aguirre muchas veces ... sentado en una tienda de un sastre vizcaíno, que en comenzando a hablar hundía la calle a voces (II, 65).

Este mismo autor, que disparaba contra casi todos, salvo contra los nobles españoles, despreciaba también a los criollos: por ejemplo, a «un muchacho de treinta años, de *poca cordura* y menos experiencia, que no sabía limpiarse las narices» (II, 181), o a «un Fulano Vellido, hombre bajo y atrevido, muy endeudado, lo cual le sacó de juicio a ser autor de este disparate» (ibídem).

Para finalizar este repaso en que ejemplificamos el tono extremo de la denigración, ofrecemos estos dos testimonios de execración dirigidos contra dos *bestias negras* de los cronistas religiosos a partir de finales del XVI: los máximos representantes de la reforma protestante, que hacen transitar la crónica por derroteros todavía más militantes en defensa del cristianismo romano. Mendieta, que está en el eje entre los dos siglos, no solo desprecia e insulta a Lutero, sino que lo compara con Cortés, paradigma positivo según se ha indicado, pues ambos habían nacido el mismo año: en efecto, este «maldito Lutero» había nacido «para turbar

el mundo y meter debajo de la bandera del demonio a muchos de los fieles que ... muchos tiempos atrás eran católicos» (132). Además, mientras Lutero comenzó en 1519 a «corromper el Evangelio», Cortés empezó a «publicarlo fiel y sinceramente» (132). Dávila, por su parte, pierde todo el respeto debido a una reina, aunque sea enemiga, y la convierte en una «mujercilla hereje, infame y deshonesto» (425).

3. PROCEDIMIENTOS LINGÜÍSTICOS DE LA SUBJETIVIDAD. LA INEXCUSABLE DIMENSIÓN COLOQUIAL

Las crónicas son, por su misma naturaleza y origen, textos pensados para transmitir gran cantidad de información, documentos enciclopédicos donde podemos encontrar cualquier dato (desde astronomía y geología a etimologías, pasando por toda la gama del conocimiento etnográfico y antropológico y la importancia de la arquitectura y el arte). Pero son también, podríamos decir, un *escaparate* lingüístico donde encuentran su sitio todas las formas, registros, niveles y estratos que ofrece la lengua (o las lenguas, porque los sistemas indígenas y el latín tienen espacio preferente). Esta riqueza formal (sin hablar de la literaria) es un rasgo particularmente significativo de la crónica religiosa, puesto que los frailes hacen gala de su formación filológica y llegan a cotas que otros no pueden alcanzar. En este trabajo nos interesa solo abordar este asunto en la medida en que sea resultado o muestra de la subjetividad, cuyos tonos y modulaciones narrativo-discursivas acabamos de analizar. Las marcas lingüísticas de esta pertenecen, como es obvio, al estrato o registro coloquial de la lengua, aunque no todo coloquialismo tiene por qué responder a una mirada subjetiva. En las páginas siguientes nos ocuparemos, sobre todo, de la selección léxica, la sufijación apreciativa, la fraseología, los refranes y lenguaje sentencioso y ciertas definiciones muy características. Podríamos sospechar que un documento informativo, como una crónica de Indias, no debiera contener apenas esos ingredientes, pero sería una impresión equivocada, porque la crónica tanto como un documento informativo es un texto personal que recoge la visión –y la pasión– de un escritor.

El primero de los rasgos citados, la *selección léxica*, ya lo hemos visto, puesto que está implícito en los fragmentos citados en la primera parte de este trabajo. Con el fin de ver ahora juntas las palabras y expresiones indicadoras de subjetividad, hemos recogido la mayoría en el cuadro que ofrecemos más abajo (número 3). En él, en la primera fila, aparecen palabras que muestran explícitamente actitudes pragmáticas (del plano de la enunciación) que los propios cronistas reconocen tener en sus obras. En las otras dos filas se recogen palabras y expresiones positivas y negativas –como vemos, están muy igualadas en número– usadas por ellos en sus textos (enunciado) y que ejemplifican las actitudes indicadas en la primera fila. Especial atención merecen las dos columnas de adjetivos valorativos, de los que ofrecemos una ínfima muestra con respecto al total, ya que pocos rasgos habrá que muestren más claramente la parcialidad y el mundo personal de los frailes (particularmente, como puede verse en el cuadro, en los ámbitos de la percepción estética y de la condena moral).

En cuanto a la sufijación, la fraseología, los refranes y sentencias y las definiciones, mostramos en este gráfico (número 2) su presencia en los autores que estamos considerando:

RASGO	AUTORES EN QUE APARECE
SUFIJACIÓN APRECIATIVA	Motolinía, Landa, Sahagún, Mendieta, Simón, Lizana, G. Carvajal, Durán, Dávila, Lizárraga, Grijalva, Calancha, Acosta, Ruiz de Montoya, Ovalle
FRASEOLOGÍA	Motolinía, Landa, Sahagún, Mendieta, Simón, Lizana, G. Carvajal, Durán, Dávila, Lizárraga, Grijalva, Calancha, Tovar, Acosta, Ruiz de Montoya, Ovalle
REFRANES, MÁXIMAS Y SENTENCIAS	Motolinía, Sahagún, Mendieta, Simón, Lizana, Durán, Dávila, Lizárraga, Grijalva, Calancha, Acosta, Ruiz de Montoya, Ovalle

DEFINICIONES PERSONALES CARACTERÍSTICAS	Motolinía, Landa, Sahagún, Mendieta, Durán, Acosta, Ruiz de Montoya
---	--

RECONOCIMIENTO EXPLÍCITO DE TRATAMIENTO PARCIAL POSITIVO O NEGATIVO					
adulación, malevolencia, apologética, encarecer, exagerar, ponderar, alabanza, salva, loa, panegíricos					
LÉXICO DE SUBJETIVIDAD POSITIVA			LÉXICO DE SUBJETIVIDAD NEGATIVA		
grandeza	lindos	entretienen	infierno	falsos	engañando
contento	pobrecitos	mueven	demonio	horrenda	turbar
gravedad	clara	admiran	beoderas	malvados	patear
coturno	maravillosa	espantan	aullidos	descomulgados	corromper
ventura	delicadas		lobos	inhumana	
comodidad	admirables		miserias	bestial	
gusto	curiosas		crueledad	endiablada	
perfección	hermosísimo		horror	lamentable	
virtud	estremado		espanto	horrible	
benevolencia	apetitosas		bajeza	necios	
temeridad	lucidos		oprobio	negra	
honras	concertados		mentiras	desordenada	
nobleza	ricos		boberías	miserables	
estados	fecunda		crueledades	ridiculasas	
linaje	pródiga		desafueros	indignos	
hazaña	piadoso		enredos	babilonica	
lauro	diligencia		embarazos	infernial	
	bendito		bramuras	maldito	
	santo		bufidos	lascivo	
	insignes		hediondez	flojo	
	valerosos		fealdad	ladrón	
	sabio		(la) canalla	traidor	
	sagaz		bestias	atroz	
	benignas		iniquidad	tiránica	
	invencible		verdugo	envenenada	
	generoso		ferocidad	jurador	

	inmortal animoso	entretienen mueven admiran espantan	hereje	renegador infame deshonesta	
EXPRESIONES POSITIVAS			EXPRESIONES NEGATIVAS		
Se mueren por Nunca fue vista ni oída Cosa harto de ver La mejor que he visto en el mundo Es cosa loca			Hundía la calle a voces No sabía limpiarse las narices		

Fijándonos en el cuadro 2, vemos que sufijación y fraseología son rasgos vistos prácticamente en todos los textos. También es significativo, aunque menor, el caudal de refranes, que se completa con otra serie de frases de estilo e intención sentenciosa creadas o adaptadas por los autores, todo ello más apreciable en obras del siglo xvii. En cambio, las definiciones expresivas de los indigenismos son propias del siglo xvi, puesto que esta es la época de los cronistas etnógrafos. Si tenemos en cuenta solo las tres primeras filas, los autores considerados aparecen en los tres apartados, excepto Landa, Lizana, Carvajal, Tovar y Barnuevo. La crónica de Tovar es de las que menos incidencia subjetiva tiene y la relación de Barnuevo, aunque es un alegato polémico, según hemos visto en los ejemplos, mantiene por lo demás un nivel retórico-discusivo más formal que coloquial. Tomados en su conjunto, los recursos lingüísticos que comentamos persiguen dotar a las obras de mayor expresividad, llevarlas al registro coloquial cercano a la oralidad y mostrar no solo la subjetividad, sino más bien la ternura y el paternalismo que los frailes despliegan ante el mundo indígena, sobre todo en el caso de los niños. Su uso, por ello, es plenamente consciente y, en buena medida, característico o constitutivo de la crónica religiosa. Veámoslos ahora uno a uno¹⁶.

¹⁶ De las distintas muestras de expresiones subjetivo-coloquiales que ofrecemos a continuación hemos recogido muchos más ejemplos de los que, por razones de espacio, podemos dar.

Si hablamos de la *sufijación expresivo-apreciativa*, pronto observaremos que la tendencia al diminutivo es palmaria. Es de destacar la abundancia en estas obras de sufijos apreciativos no frecuentes en el idioma, como *-ejo* o *-uelo*, *-eta*, *-ico*. También *illo* –el que aparece con más frecuencia– e *-ito*. No siempre tienen carácter afectivo, sino que pueden usarse en sentido despectivo o irónico. He aquí algunos casos particulares: Landa hace un uso abrumador del diminutivo: se da incluso el caso de repetir una misma palabra en un breve párrafo con dos distintos: «pilarejos» y «pilaritos» (166). También ocurren en el léxico de la flora, lo que hace que su descripción sea más personal que científica: «Hay unas azucenitas muy blancas y olorosas y que duran mucho en el agua, y fáciles de traer acá» (186). Mendieta crea un diminutivo sobre un indigenismo: «mecapalejos» (89), sobre el que llama la atención Solano y añade algunas consideraciones sobre el empleo de frases hechas en la *Historia* de Mendieta, que bien podrían extenderse al conjunto de la cronística religiosa de Indias.¹⁷ Acosta los forma sobre adverbios: «tantico» (143). Simón los utiliza con ánimo satírico contra un personaje: «chavecillos» (308), y Lizana contra un cargo: «capitancillo» (282). Dávila mantiene el matiz irónico-burlesco: «En este donaire iba el pobre caballero» (139). «Inglesillo desventurado» (424).

Dentro de la *sufijación apreciativa*, tienen mucho menos interés e incidencia los aumentativos –utilizados por franciscanos y dominicos y apenas nada por los demás–, con matiz casi siempre despectivo y, pese a la escasez de ocurrencias, cualitativamente es interesante la presencia de léxico expresivo, creado por prefijación, sufijación o composición o directamente de origen popular. Los aumentativos pueden tener un matiz colectivo de cantidad, conectado con la intención de ponderar o exagerar: «beoderas» (Motolinía, 125), «borrachería» (Sahagún, 120), «monerías», «niñería», «boberías» (Montoya, 27, 13), pero lo frecuente es que su carácter sea más bien despectivo y que pueda formarse incluso, sobre adjetivos: «navajón» (Motolinía, 147) –reiterado en dife-

¹⁷ Francisco Solano, «Estudio preliminar» en Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, Atlas, Madrid, 1973, pp. 74-77.

rentes autores (Landa, Mendieta) para referirse al instrumento de piedra de punta afilada para extraer el corazón de los sacrificados—, «virajón», «sayón» (Landa, 43 y 100), «tinajón» (Sahagún, 139), «barreñón», (Mendieta, 78), «tajón» (Simón, 63), «varazo» (G. Carvajal, 55), «macanazos» (Durán, 108), «leñazos», «hombrazo» (Dávila, 84, 87) —repetido en Lizárraga—, «zapatazo», «bofetón» (Lizárraga, I, 52; II, 55), «letrones» (Calancha, I, 89), «babaza» (Simón, 35) —también utilizado por Tovar—. Formados sobre adjetivos tenemos «valentazo» (Mendieta, 238), «formidazos» (Lizárraga, II, 125), «hipocritones», «beatón» (Montoya, 47, 48). Al lado de estos ejemplos hay que considerar la creación expresiva de palabras mediante técnicas compositivas, muy en particular en los franciscanos: así, en la *Historia* de Motolinía encontramos «zipizape», «trompeando» (84), «cazcarientas» (122), «batahola» (138); en Sahagún, «escarrapuzábanse» (303); en Simón, «aperreados» (26), «embalumadas» (54), «estomagados» (77), «basqueando» (168) o «amostazados» (288); en Durán, «apeñuscada» (II, 42), «escaramucear» (252) y en Dávila, «rostrituertos» (410), además de léxico expresivo-coloquial en general: «bufando» y «fulano» (Lizana, 184, 236); «desembuchan» (Ovalle, 93) y «criar humos de ponerse corona» (Calancha, I, 121).

La *fraseología* es otro rasgo que coopera en la formación de un estilo coloquial y poco académico, capaz de llegar a un mayor número de personas, es el empleo de frases hechas, de las que las crónicas poseen cantidades ingentes: en las obras de Mendieta, Simón y Lizárraga hay un verdadero diccionario de fraseología popular. Los cronistas utilizan este recurso de modo consciente, hasta el punto de que pueden insertar una coletilla de aviso para el lector del tipo «como dicen» y similares (Mendieta, Simón, Lizana, Durán, Lizárraga y Ovalle). Es un recurso más utilizado por franciscanos y dominicos y tiene su momento de mayor auge en las últimas décadas del XVI y primeras del XVII.

Ejemplificamos ahora las distintas maneras en que puede presentarse este enorme caudal fraseológico:

a) Presencia de ejemplos que, pese pertenecer al acervo popular, deben su fama a su uso en la literatura o que son guiños a ella: «El pleito de Fuenteovejuna» (Mendieta, 350). «Hallar la ocasión calva» (Simón, 78). «Matarse con alguien» (Simón, 266). «Poner la vida al tablero» (con

variantes, en Durán, II, 57). «No faltarle a cada cosa su alguacil» (reiterada en Lizárraga en I, 62 y otras). «Un no sé qué» (Lizárraga, II, 54).

b) Carácter hiperbólico: «Parecía que se venía el cielo abajo» (Motolinía, 195). «Corriendo a más correr» (Sahagún, 58).

c) Relativa frecuencia de la estructura sintagmática *artículo+adjetivo+sintagma preposicional*: «El cruel de su dios» (Motolinía, 160). «El malvado de Lucifer» (Sahagún, 100).

d) Uso constante de las expresiones coloquiales cuantificadoras *que+sintagma preposicional y cantidad+de*: «Qué de cosas» (Dávila, 535). «Qué de malos nombres les pusieron». «Cantidad de chicha» (Lizárraga (I, 199). «Le dieron de estocadas» (ibídem, I, 179).

e) Utilización de expresiones acusadamente coloquiales, que siguen hoy día plenamente vigentes en la lengua oral coloquial y no esperaríamos encontrar en obras historiográficas y otros tratados científicos. Damos ahora una pequeña muestra: «Hacer de tripas corazón» –muy frecuente– (Motolinía, 118; Simón, 155; Durán, 30). «Por fas o por nefas» (Sahagún, 373). «Venir a pelo» (Mendieta, 307). «Traer el agua a su molino» (Mendieta, 511). «Manos a la obra» (Simón, 2). «Ir de capa caída» (Lizana, 129). «Predicar en el desierto» (Dávila, 4). «A la luna de Paita» (=Valencia) (Lizárraga, I, 293). «Pagar justos por pecadores» (Grijalva, 68). «Llamar al huevo castaña» (Acosta, 283).

La presencia en las crónicas de *refranes, máximas y sentencias* es una muestra, muy propia de los Siglos de Oro, de la intervención de un *yo discursivo*. En la bibliografía consultada se tiende a dar por sinónimos los tres conceptos resaltados, ya que son todos vehículo de la sabiduría popular,¹⁸ si bien, entre los ejemplos recogidos, se acomodan más a lo que se suele entender por refrán los de obras del XVI, mientras que en las crónicas del XVII encontramos estructuras de carácter sentencioso, menos conocidas, producto de la creación de los propios autores o de la manipulación de otras expresiones y que, en cualquier caso, tratan de simular esa sabiduría colectiva del pueblo, pero pasando por el filtro estilístico culto, como es característico del Barroco, donde destaca en par-

¹⁸ Demetrio Estébanez Calderón, *Diccionario de términos literarios*, Alianza, Madrid, 1996, pp. 914-915.

ticular el agustino Calancha. Además, en numerosas ocasiones, la longitud de las secuencias las convierte en pequeños discursos, con lo que pierden su carácter sentencioso. En cualquier caso, todos ellos son marcadores de subjetividad (de parcialidad en la exposición de contenidos) y buscan, en general, huir del distanciamiento y conectar con el lector en un contexto de familiaridad. Por otra parte, reflejan el impulso *filosófico* de los cronistas: su tendencia a comentar y a dar su versión personal por medio de pequeñas píldoras sentenciosas. Es, pues, una muestra de su mundo personal, aunque lo sea a través de pensamientos muy habituales, tanto procedentes de acervo popular como de la literatura de máximas y apotegmas representada en los Siglos de Oro por Erasmo o Rufo. Veamos algunos ejemplos de un grupo y del otro:

a) Refranes: «Ese es tu enemigo, el que es de tu oficio» (35). «Vicios y virtudes no son para estar en los rincones» (70). «La pendencia o no comenarla o acabarla» (153) –en este caso precedida de la frase introductoria «como dice el adagio español»–. «Esto del reinar no quiera par» (168). «Quien tal hace que tal pague» (325). –todos de Simón– «Lo bien ganado se pierde y lo malo, ello y su dueño» (II, 38). «A río revuelto, ganancia de pescadores» (II, 65) –de Durán, el primero de ellos con variantes en Mendieta–. «De los años mil vuelve el río a su carril» (Lizárraga, 82). En algunos casos, se modifica el refrán o se le da la vuelta o se emplean refranes de América que hay que explicar: «Como no hay casamiento pobre ni mortuorio rico, así no hay descubrimiento pobre» (Lizárraga, II, 65). «Ni le amanece más temprano al que madruga» (Grijalva, 13). «Juega el sol antes que nazca» (Acosta, 324) –refrán peruano propio de tahúres cuyo significado explica el autor en el texto–.

b) Otro tipo de estructuras o pensamientos sentenciosos: «Es propio de tiranos servirse de infieles ministros» (283). «No hay mayor mal que el que se hace bajo especie de religión» (260) –ambos de Simón–. «Es muy particular del hambre el dar cuidado cuando se espera, como aflicción cuando se siente» (Dávila, 236). «La ambición es polilla que suele criarse en el paño más fino» (74). «No hay freno como el castigo, ni paz como una victoria» (129) –ambos de Calancha–. «Logro es del don topar con quien lo estime» (Ruiz de Montoya, «Dedicatoria»). «El amor y deseo de la cosa amada suele ser el que la pone más lejos» (Ovalle, 136).

Por último, citaremos las *definiciones subjetivo-parciales y expresivas en general*. Una de las contribuciones más importantes de la cronística de Indias es la riqueza de su material lingüístico. No merece comentario, por lo evidente, la presencia en ellas de indigenismos, que a veces aparecen sin explicación, lo que indica que, a la altura de la redacción de las obras, ya estaban perfectamente asimilados y formaban parte del vocabulario castellano. Lo relevante para la intención de este trabajo no es solo que la mayoría estén explicados o definidos, sino cómo se construye la definición. Al principio decíamos que una de las aportaciones más originales –si vale la palabra– de este subgénero histórico-literario era que los contenidos científicos se explicaban a través de un registro coloquial que mostraba la cercanía del locutor al mundo descrito, y no la esperable asepsia lingüística. Poníamos entonces el ejemplo de la descripción del chocolate por parte de Acosta; ahora vamos a ver más ejemplos que nos mostrarán distintas maneras de expresar esa falta de neutralidad.¹⁹

La primera que encontramos tiene implicaciones ideológicas y consiste en un cierto reduccionismo manipulador de tipo fundamentalmente religioso, según indicación de Carneiro.²⁰ Lo vemos en estos ejem-

¹⁹ Las definiciones que siguen están extraídas, naturalmente, de las propias obras, pero también hemos utilizado dos investigaciones lingüístico-interpretativas sobre las crónicas de Acosta y Durán, como se indica en la referencia de la propia definición. Son las siguientes: Antonio Quilis, «Los americanismos en la *Historia natural y moral* del padre José de Acosta», *Boletín de Filología de la Universidad de Chile*, XXXVII (1998-1999), pp. 991-1023; Pilar Máñez, *Fray Diego Durán, una interpretación de la cosmovisión mexicana*, UNAM-Escuela Nacional de Estudios Profesionales-Acatlán, México, 1997. En ambos trabajos encontrará el lector un amplio glosario de indigenismos definidos y un catálogo de las distintas técnicas empleadas por los cronistas en la definición.

²⁰ Sarissa Carneiro, «Palabras peregrinas: el lenguaje americano en dos crónicas de la América colonial», *Revista Iberoamericana*, vol. LXXVII:236-237 (2011), pp. 829-848. En <<https://n9.cl/ofqq>> (03/10/2020). Aunque más que de traducción o definición de términos habla (ibidem, pp. 839-840) de una verdadera reinterpretación de la realidad desde presupuestos europeos, sustancialmente, viene a concluir que, a la hora de traducir palabras y expresiones indígenas, los cronistas reflejan una ideología europea que manipula o pervierte el sentido de la frase original o,

plos, donde, sistemáticamente, se utiliza la palabra *demonio* para traducir la base *teotl* o similar, que significa «dios»:

-*Teonanacatl*: «Carne de dios o del demonio que ellos adoraban» (Motolinía, 126).

-*Teocalme*: «Templos del demonio» (Motolinía, 130, muy parecido también en Mendieta, 84).

-*Ixchel*: «Diosa de hacer las criaturas. Ídolo del demonio» (Landa, 110).

-*Chilán*: «Intérprete de los demonios» (Landa, 98).

-*Taubici*: «Diablos en hilera, o hilera de diablos» (Ruiz de Montoya, 12).

La segunda busca transmitir el contenido con sencillez por medio de la analogía con elementos conocidos por el lector que, a su vez, se cargan de subjetividad por el uso del diminutivo y de adjetivos poco precisos:

-*Paraque*: «Es al modo de una muy grande anguilla o, por mejor decir, como un pequeño congrio» (Ruiz de Montoya, 94).

-*Ixyalchamil*: «Pajarito pequeño de tan suave canto como el ruiseñor» (Landa, 192).

-*Acóatl*: «Culebra tan gruesa cuanto un hombre puede abrazar, y muy larga. Tiene grande cabeza; tiene barbas tras de la cabeza, como barbas de barbo grande. Es muy negra; reluce de negra» (Sahagún, 945).

La tercera se encuentra en construcciones expresivas, en ocasiones de gran subjetividad, que reflejan sensaciones o sentimientos que ocultan el contenido. Esto es, quien las lee se queda más con el efecto que produce el referente sobre el cronista que con la información objetiva. En los ejemplos que siguen podemos encontrar procedimientos como la presencia del *yo* autorial, la adjetivación valorativa, los superlativos, la imprecisión léxica de algunas palabras, la utilización de dichos achacables a la tradición oral y la presencia de comparaciones y personificaciones para transmitir, según los casos, humor o ternura.

al menos, no lo respeta (por ejemplo, al interpretar elementos religiosos originarios los cronistas cristianos lo reducen todo al antagonismo Dios/diablo, que no existía en el imaginario inicial). Y de esto último tenemos ejemplos en nuestras crónicas.

- Tcuilhuitontli*: «Fiestezuela de los señores» (Durán, en Máynez, 239).
- Ezcauilt*: «Gusanillos de la laguna» (Durán, I,19).
- Totec*: «Señor espantoso» (Durán, II, 73).
- Aña*: «Linaje el más sucio y hediondo de cuantos he visto» (Acosta, en Quilis, 79).
- Lúcumas*: «Frutas más groseras ..., de cuya fruta dicen por refrán que es madera disimulada» (Acosta, en Quilis, 92).
- Tiburón*: «Gentecilla ... que daban saltos, y de una arremetida en el aire cortaban carne y hueso ..., y así cercenaban el mismo jarrete del rocín, como si fuera un troncho de lechuga, pero tales navajas tienen en aquella dentadura» (Acosta en Quilis, 100-101).
- Iguana*: «Harto mejor comida ... es la de la iguana, aunque su vista es bien asquerosa, pues parecen puros lagartos de España» (Acosta, en Quilis, 90).
- Manatí*: «Estraño género de pescado, si pescado se puede llamar, animal que pare vivos sus hijos, y tiene tetas, y leche con que los cría, y paze yerba en el campo, pero en efecto habita de ordinario en el agua, y por eso le comen por pescado» (Acosta, en Quilis, 92).
- Cambul*: «Pájaro grande como las gallinas de allá, muy hermoso a maravilla y de gran denuedo y buen comer» (Landa, 193).

4. CONCLUSIONES

En las páginas precedentes nos hemos acercado a un número significativo de crónicas de Indias de autores religiosos de los siglos XVI y XVII para comprobar que nuestra propuesta inicial de que este tipo de obras, lejos de la asepsia y la distancia propias de un informe burocrático que se redacta por encargo, reflejan la subjetividad de quienes las escribieron. Confiamos en haber demostrado a través de numerosos ejemplos que, aunque sería exagerado decir que en ellas se plasma el mundo íntimo de los autores, sí vemos la interacción de estos con su medio próximo, la proyección de su personalidad en él y la afectación que este produce en ellos: de ahí las constantes expresiones subjetivas de ternura y paternalismo, pero también de enfado e indignación. Los cronistas lo saben y no lo ocultan: están atrapados en un bucle del que no pueden, pero tampoco quieren, salir, pues lo utilizan además para criticar, satirizar y denigrar lo que no les gusta, para hacer apología de personas y actitu-

des que creen modélicas o con las que les conviene estar a bien, y para convencer y persuadir de las bondades de su propuesta evangelizadora-civilizadora.

Esta situación pragmática, que afecta en especial a los religiosos por su cercanía al mundo descrito, convierte sus crónicas en artefactos especialmente interesantes, pues su manera de transmitir lo contado no es la asepsia lingüística y la neutralidad, sino una riquísima lengua coloquial-familiar –no incompatible con la erudición y la expresión literaria, en que no hemos entrado–, llena de sufijos apreciativos, adjetivos valorativos, frases hechas, refranes y máximas y que incorpora una peculiar manera de definir. En suma, se nos sirve la persuasión ideológica y la exposición científica vehiculadas a través de una expresión, casi podríamos decir, *de andar por casa*.

REFERENCIAS DE LAS OBRAS UTILIZADAS

- Acosta, José de (SJ), *Historia natural y moral de las Indias*, ed. José Alsina Franch, Dastin, Madrid, 2002.
- Barnuevo, Rodrigo, *Relación apologética así del antiguo como nuevo descubrimiento del río de las Amazonas o Marañón*, edición digital de la Biblioteca Virtual Cervantes en <<https://n9.cl/n28sg>> (03/10/2020).
- Benavente, Toribio de (Motolinía) (OFM), *Historia de los indios de la Nueva España*, ed. George Baudot, Castalia, Madrid, 1991.
- Carvajal, Gaspar de (OP), *Relación, del nuevo descubrimiento del famoso río grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana* ed. de Rafael Maldonado, en *La aventura del Amazonas*, Dastin, Madrid, 2002, pp. 31-88.
- Calancha, Antonio de la (OSA), *Corónica moralizada del orden de San Agustín en el Perú con sucesos ejemplares vistos en esta monarquía*, Lacavallería, Barcelona, 1639.
- Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, edición digital de la Biblioteca Virtual Cervantes en <<https://n9.cl/u27h>> (03/10/2020).
- Dávila Padilla, Agustín, *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de Mexico de la Orden de Predicadores*, en *Temáticas para la histo-*

- ria de Iberoamérica, v. 14: Evangelización y Misiones en Iberoamérica y Filipinas. Textos Históricos (I)*, ed. Lourdes Díaz-Trechuelo, Fundación Tavera - DIGIBIS - Mapfre Mutualidad, Madrid, 1999.
- Grijalva, Juan de, *Crónica de la orden de N.P.S. Agustín en las provincias de la Nueva España*, en *Temáticas para la historia de Iberoamérica, vol 14-2: Evangelización y Misiones en Iberoamérica y Filipinas. Textos Históricos (II)*, ed. Lourdes Díaz-Trechuelo, Fundación Tavera - DIGIBIS - Mapfre Mutualidad, Madrid, 1999.
- Landa, Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, ed. Miguel Rivera, Dastin, Madrid, 2002.
- Lizana, Bernardo de, *Historia de Yucatán y Devocionario de Nuestra Señora de Izamal*, ed. Félix Jiménez Villalba, Historia 16, Madrid, 1988.
- Lizárraga, Reginaldo de, *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, edición digital de la Biblioteca Virtual Cervantes en <<https://n9.cl/ydyuo>> (03/10/2020).
- Mendieta, Jerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, ed. Joaquín García Icazbalceta, Antigua Librería, México, 1870. Facsímil en <<https://n9.cl/pyqou>> (03/10/2020).
- Ovalle, Alonso de, *Histórica relación del Reyno de Chile y de las misiones y misterios que ejercita en la Compañía de Jesús*, Francisco Caballo, 1646, Roma. Facsímil en <<https://n9.cl/ph5x2>> (03/10/2020).
- Ruiz de Montoya, Antonio, *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús, en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*, en *Temáticas para la historia de Iberoamérica, v. 14: Evangelización y Misiones en Iberoamérica y Filipinas. Textos Históricos (II)*, ed. Lourdes Díaz-Trechuelo, Fundación Tavera - DIGIBIS - Mapfre Mutualidad, Madrid, 1999.
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, ed. de Juan Carlos Temprano, Dastin, Madrid, 2001.
- Simón, Pedro de, *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias occidentales*, Merdardo Rivas, Bogotá, 1882.
- Tovar, Juan de, *Relación de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias*, en *Origen de los mexicanos*, ed. Germán Vázquez Chamorro, Dastin, Madrid, 2001, pp. 27-187.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Bravo García, Eva y M^a Teresa Cáceres Lorenzo, *El léxico cotidiano en América a través de las Relaciones Geográficas de Indias*, (col. «Fondo Hispánico de Lingüística y Filología», 15), Peter Lang, Berna, 2013.
- Carneiro, Sarissa, «Palabras peregrinas: el lenguaje americano en dos crónicas de la América colonial», *Revista Iberoamericana*, LXXVII: 236-237 (2011), pp. 829-848.
- Colección de documentos para la historia de México*, ed. Joaquín García Icazbalceta, Porrúa, México, 1980.
- Estébanez Calderón, Demetrio, *Diccionario de términos literarios*, Alianza, Madrid, 1996.
- González Echevarría, Roberto, *Mito y archivo. Una teoría de la novela latinoamericana*, FCE, México, 2000.
- Ledda, Giussepina, «Contribución para una tipología de las relaciones extensas de fiestas religiosas barrocas», en *Las relaciones de sucesos en España: 1500-1750: actas del primer Coloquio Internacional*, ed. Henry Ettinghausen et alii, Universidad de Alcalá de Henares, Madrid, 1996, pp. 227-237.
- Máynez Vidal, Pilar, *Fray Diego Durán, una interpretación de la cosmovisión mexicana*, UNAM-Escuela Nacional de Estudios Profesionales-Acatlán, México, 1997.
- Mignolo, Walter, «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista», en *Historia de la literatura hispanoamericana I. Época colonial*, ed. Íñigo Madrigal, Cátedra, Madrid, 1982, pp. 57-110.
- Mora, Carmen de, «Crónicas religiosas y conciencia criolla: el agustino fray Juan de Grijalva», en *Los límites del océano. Estudios filológicos de crónica y épica en el Nuevo Mundo*, ed. Guillermo Serés y Mercedes Serna, Centro de Estudios de la América Colonial-Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2009, pp. 175-190.
- Pérez Fernández, Isacio, «Carta al Emperador Carlos V», en *Fray Toribio Motolinía frente a Bartolomé de las Casas*, San Esteban, Salamanca, 1989.
- Quilis, Antonio, «Los americanismos en la *Historia natural y moral* del padre José de Acosta», *Boletín de Filología de la Universidad de Chile*, XXXVII (1998-1999), pp. 991-1023.
- Rojas, José Luis, *A cada uno lo suyo. El tributo indígena en la Nueva España en el siglo XVI*, El Colegio de Michoacán, Zamora-México, 1993.

Solano, Francisco, «Estudio preliminar» en Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, Atlas, Madrid, 1973, pp. 11-81.

Villanueva, Darío, *Comentario de textos narrativos: la novela*, Júcar, Madrid, 1989.